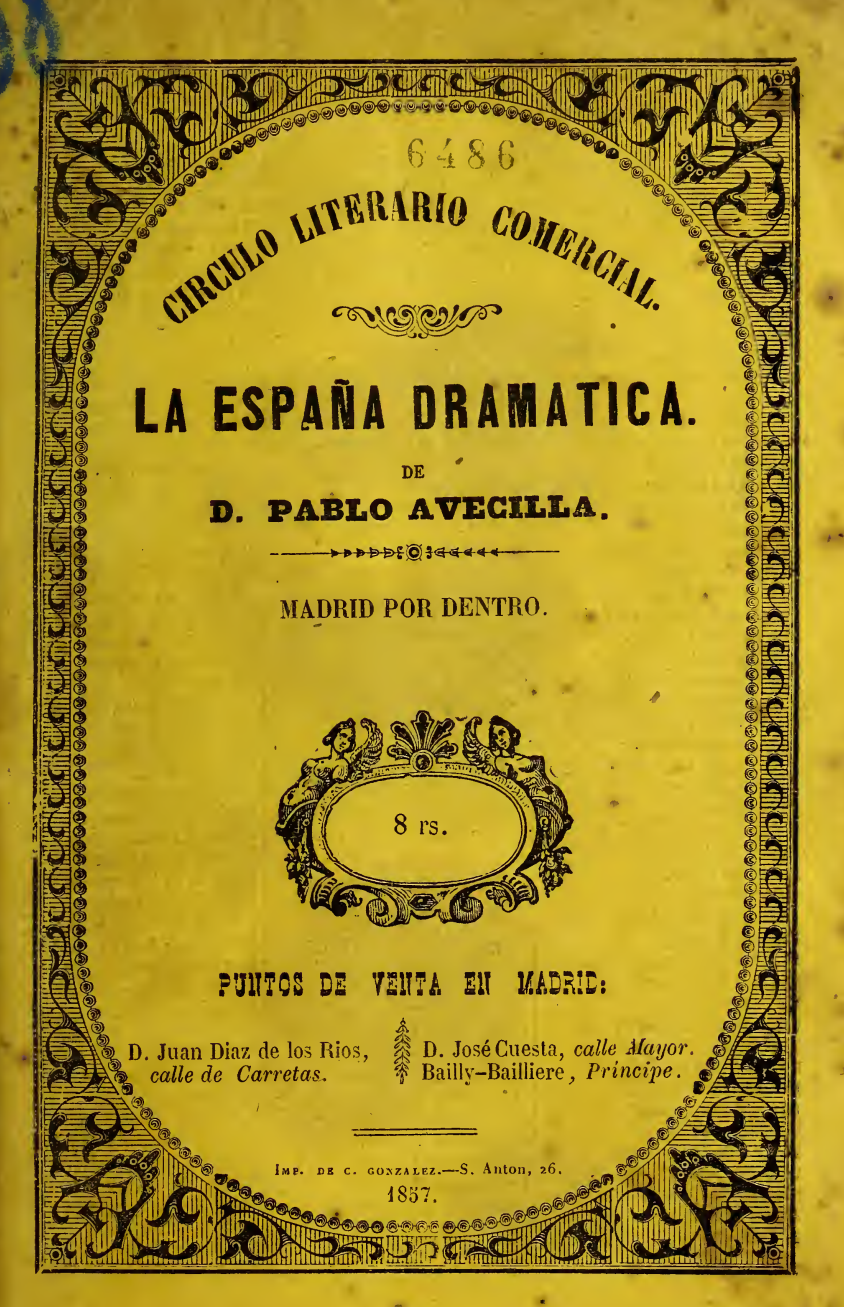

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

MADRID POR DENTRO.

8 rs.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID:

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*

D. José Cuesta, *calle Mayor.*
Bailly-Bailliere, *Principe.*

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.
1857.

Cátalogo *de las obras dramáticas de la propiedad del* Círculo Literario Comercial.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huésps.
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de Nav.
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

MADRID POR DENTRO.

DRAMA EN SEIS CUADROS.

POR

DON LUIS RIVERA.

Representado por primera vez en Madrid, en el Teatro del Príncipe, la noche del 3 de Diciembre de 1857.



N.º 314.

MADRID.
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1857.

PERSONAGES.	ACTORES.
LUISA.	Doña Matilde Bagá.
MAGDALENA..	Doña Francisca Tutor.
MARIA.	Doña Teresa Lopez.
ROSA.	Doña Josefa Ossorio.
UNA MODISTA.	Doña Emilia Plo.
UNA COSTURERA.	Señora Rejano.
MANUEL CASTRO.	Don Antonio Pizarroso.
EL TIO JUAN.	Don Fernando Ossorio.
ENRIQUE DE SANDOVAL.	Don Elias Aguirre.
PEDRO. . , ...	Don José Olona.
ALCAZAR..	Don Joaquin Manini.
FEDERICO, ...	Don Emilio Mario.
MEDICO. . . , ...	Don Patricio Sobrado.
LUIS.	Señor Rodriguez.
UN AGENTE DE BOLSA. .	Señor Rosas.
UN MANCEBO DE TIENDA.	Señor Ecija.
CRIADO 1.°.	Señor Guzman.
IDEM 2.°.	Señor Domingo.
UN LACAYO.	Señor Moreno.

La escena es en Madrid y en nuestros dias.

Este drama está escrito sobre otro en francés de MM. Decourcelle y Barbier, titulado *Jenny l'ouvriere*.

CUADRO PRIMERO.

LA CONTRIBUCION DE SANGRE.

Sala pobre, puerta al fondo y laterales.—A la derecha una cómoda, encima de ella un espejo y alguna ropa blanca.—Una ventana con tiestos de flores en el primer bastidor.—A la izquierda, la puerta que conduce al cuarto de Manuel.—Una mesa á la derecha, y un sillon á la izquierda.—Los muebles son sencillos.—Al correrse el telon, aparecen Magdalena bordando al lado de la mesa; Luisa regando las flores de la ventana; Manuel, sentado en su sillon, prepara sus instrumentos de carpintería recogiéndolos en una espuerta; María, doblando la ropa y guardándola en la cómoda; Pedro cepillándose la ropa y acabándose de vestir.

ESCENA PRIMERA.

MANUEL.—PEDRO.—LUISA.—MAGDALENA.—MARÍA.

PEDRO. Luisa, ya te ha caido que hacer.

LUISA. ¿Qué es ello?

PEDRO. Cepillando esta levita, se me ha quedado un boton entre los dedos.

MARÍA. *(Sin moverse, como los demas, de su sitio.)* Todo ha de venir á parar á la pobre Luisa. ¡Cuidado que es mucho cuento!

MANUEL. En verdad que no la dejais descansar.

LUISA. *(Viniendo á donde está Pedro y dejando la regadera en el suelo.)* Trae, te pegaré en seguida ese boton.

MARÍA. Que se lo pegue tu hermana, que tiene la aguja en la mano.

PEDRO. Pues mire usted, madre, no habia yo caido en ello. (*A Luisa.*) Sigue regando tus flores, hermana mia, que Magdalena se encargará... (*Luisa vuelve á regar las flores y Pedro se dirige á Magdalena.*) ¡Oh qué bonito es eso que estás bordando! ¡Qué limpieza, qué finura!... Al veros á las dos con esas lindísimas telas en la mano, os tomaría cualquiera por dos marquesas... (*Luisa viene á colocarse al otro lado de la mesa y se pone á bordar.*)

MANUEL. (*Levantando la cabeza.*) ¡Aristócrata! Cómo revelas tu inclinacion en tus palabras... ¡ya, ya! A tí te gusta todo lo que tenga aire de señorío.

PEDRO. ¿Y qué tiene eso de particular, padre? Mis dos hermanitas tienen las manos muy blancas para que no se las pueda confundir con las de una marquesa.

MANUEL. (*Aproximándose á sus hijas.*) No lo digo yo por ellas, Dios me libre. (*Mirándolas á las manos.*) Cierto es que sus dedos son muy bonitos...

LUISA. Con tal de que á usted le gusten...

MANUEL. Pero no es una razon para que... (*A Pedro.*) Por ejemplo, para que tú desdeñes la carpintería.

PEDRO. ¿Padre, á qué viene esa salida?

MANUEL. Y una prueba de que no te gusta el oficio de tu padre, es que te has dedicado á ebanista... ¡Ebanista, cuando podias ser carpintero! En fin, á lo hecho pecho; la cosa no tiene ya remedio. Tú quisiste levantar el vuelo por cima de la familia y dijiste:—«Si mi padre es carpintero, yo seré ebanista, y así podré gastar con mas desahogo levita y sombrero de copa alta.»

PEDRO. No hay tal cosa, padre mio, porque de ninguna manera, ni de ebanista ni de carpintero, dejaré de ser un artesano.

MANUEL. Eso es mucha verdad.

PEDRO. Tambien lo es que mi oficio produce mas que el suyo.

MANUEL. Y si vivimos con algun desahogo, te lo debemos á tí y á tus hermanas; á esos dos serafines que están delante.

LUISA. ¡Padre!

MANUEL. (*A Pedro.*) Dá acá esos cinco. (*Le aprieta la mano.*) Eres un buen muchacho, y no he querido ofenderte. (*Ap.*) De todos modos, á mí me agrada mas la carpintería. (*Bajándose á cojer las herramientas.*) ¡Aaay!

MARÍA. (*Yéndo hácia él.*) ¿Qué tienes, Manuel?

MANUEL. Estos pícaros dolores... el mejor dia me quedo baldado... ¡Diablo de reumatismo! Estas son las reliquias que me restan de mis heridas y malos ratos. ¡Gages de la guerra!

PEDRO. A Dios gracias, que está usted todavia muy fuerte...

MANUEL. ¿Fuerte, eh? (*Le dá un puñetazo en el hombro.*) Ya no tengo puños... en otro tiempo sí que...

PEDRO. (*Frotándose las espaldas.*) Basta de pruebas.

MANUEL. Es lo único que se gana en la guerra. Apropósito, Pedro: hoy es el dia del sorteo para la quinta. (*María se acerca y escucha.*)

PEDRO. Por eso no he ido al taller; tengo que asistir al sorteo.

MANUEL. Dios te dé buena suerte, hijo mio, para que saques un número alto. El oficio de soldado es divertido, pero la familia necesita de tí. ¿Qué seria de nosotros si tú nos faltases?

MARÍA. ¿Partir él? ¿Acaso te figuras que eso es posible? ¿No sabes que está exento de la quinta, á causa de su mala vista?

PEDRO. Ciertamente, madre mia, que estoy exento, porque tengo los mejores ojos que puede uno tener... para no ser soldado.

MANUEL. Mas quiero que saques un número alto; es el medio mas seguro... ¡Vaya! Buena suerte, que me voy al obrador.

MARÍA. ¿Te encuentras mas aliviado?

MANUEL. Sí, ya pasó el arrechucho... yo soy poco delicado... Por otra parte, si no trabajo, me consumo de fastidio en casa. (*Recoge sus utensilios.*)

MARÍA. (*Cogiendo la cesta de la compra.*) Espera y te acompañaré, que voy á la plaza á comprar algunas frioleras.

LUISA. (*A Magdalena, que deja la costura.*) ¿Has acabado ya, Magdalena?

MAGDAL. Sí.

LUISA. Me alegro. Llévalo en seguida, á fin de que te paguen hoy mismo, que nos hace falta para el casero.

MAGDAL. Justamente hoy cumple el mes. (*Se pone la mantilla delante del espejo y se prepara para salir.*)

MANUEL. ¿No vienes con nosotros, Pedro?

PEDRO. Todavia es muy temprano para ir al ayuntamiento.

MANUEL. Hasta la tarde, y buena suerte. (*Sale seguido de María y Magdalena.*)

ESCENA II.

LUISA.—PEDRO.

PEDRO. (*A Luisa que continúa sentada.*) Díme, Luisa...

LUISA. ¿Qué?

PEDRO. ¿Qué te sucede, que hace unos cuantos dias te veo así... triste?

LUISA. ¡Yo!

PEDRO. Sí, tú... Estás como preocupada, inquieta...

LUISA. Pues es muy sencillo... Es que... nada... no es nada... Para que veas...

PEDRO. No, algo es... ¿No quieres decírmelo?

LUISA. Si no merece la pena.

PEDRO. ¿Por qué?

LUISA. Pues bien, no es mas que un jóven que...

PEDRO. Ah! Con que un jóven...

LUISA. Sí, que me sigue casi todas las noches cuando vuelvo de llevar la labor... y ya ves, esta insistencia ha acabado por fastidiarme... De aquí nace este aire preocupado de que me hablabas.

PEDRO. (*Haciendo un gesto.*) Ya, ya estoy. Y qué tal facha tiene?

LUISA. Parece una persona distinguida.

PEDRO. ¿Buen mozo?

LUISA. No puedo decirte tanto, porque apenas he reparado en él... Y luego de noche... en la calle... no es fácil que... ¿Pero á qué viene esa pregunta?

PEDRO. Algun pollo perfumado... Está bien. Si vuelve á dirigirte la palabra, ó á acompañarte, yo me encargo de ponerle las peras á cuarto.

LUISA. ¿Estás loco? Si él no se ha propasado conmigo... Y aun cuando lo intentára, yo sé cuáles son mis deberes.

PEDRO. ¿Acaso te ha caido en gracia?

LUISA. *(Sonriendo.)* ¡Oh! Pierde cuidado, hermano mio! No se enamora una tan fácilmente de un par de guantes blancos, vistos al resplandor de la luna: prefiero un jóven de mi clase que me estime lo suficiente para no soñar en otra cosa que en hacerme su esposa. En cuanto al nuevo acompañante, se cansará de perseguirme y me dejará tranquila.

PEDRO. Mas vale así. *(Ap.)* Sin embargo, bueno será que yo esté alerta.

LUISA. Pero que se te va á pasar la hora de ir al sorteo... ¿Te has olvidado?...

PEDRO. Es cierto... Adios, Luisa, y ten presente que no todo lo que reluce es oro. El refran es muy antiguo, pero muy verdadero.

LUISA. *(Sonriendo.)* Sí, lo sé tan bien como tú... Adios. *(Pedro tropieza con Juan en el dintel de la puerta.)*

ESCENA III.

PEDRO.—LUISA.—JUAN.

JUAN. Buenos dias, vecinos.—¿Adónde vas á estas horas, amigo Perico?

PEDRO. Ya puede usted figurárselo, tio Juan: á una lotería de nueva especie.

JUAN. Ya caigo: el sorteo... yo fuí muy afortunado en mis buenos tiempos... Figúrate que al encontrarme en la misma posicion que tú, les dije á mis amigos:—«Atencion, que voy á sacar el 478, número que he soñado.»

PEDRO. ¿Y bien?

JUAN. Toma, espero á que desenvuelvan el rollito de

papel, y entonces el presidente con voz robusta esclamó:—Juan Perez.—¡Presente!—Número 1.—Como es natural, mis amigos soltaron la carcajada... ¡voto va! Yo era el único que no me reia, porque en aquel tiempo era muy difícil buscar un sustituto. Ahí tienes el motivo que me ha obligado á servir en el regimiento de Luchana, en calidad de barbero, bonito oficio, que continúo egerciendo sobre mi individuo todos los dias nones. En fin, te deseo mejor suerte que la mia. Dios te guarde.

PEDRO. Con dios, tio Juan. (*Sale.*)

ESCENA IV.

LUISA.—JUAN.

LUISA. (*Sigue siempre trabajando.*) ¿Cómo vamos, tio Juan?

JUAN. Así, así, hija mia.—¿Y tú? Fresca como una rosa. Ah! cómo se conocen los pocos años en los colores de tus mejillas... Parecen dos manzanas... ¡quién pudiera tirarlas un bocado!... ¡je! ¡je! ¡je!

LUISA. ¡Qué buen humor gasta usted siempre!

JUAN. ¡Pts! Qué quieres, hija mia, el buen humor es el coche en que nos paseamos los pobres; y los que ya vamos flaqueando, necesitamos de él para distraernos. Pero, será que tú estés triste? ¿Qué te pasa?

LUISA. ¿Le parece á usted poco si Pedro tiene la misma suerte que usted?

JUAN. Es verdad, pobre muchacho... y no haria mal soldado... Pero hace mejor hijo de familia.—Y luego que entre él y vosotras dos, sosteneis el peso de la casa... ¡Cómo ha de ser!

LUISA. Dígame usted, tio Juan, hoy cumple el mes de la casa, ¿no es verdad?

JUAN. No corre prisa.

LUISA. Ya sabe usted que mi padre no quiere sufrir el mas ligero retraso.

JUAN. Tu padre es un buen inquilino; no haya miedo de que nunca se le tenga que recordar el pago; no obstante, si necesita de...

LUISA. Gracias por todo, tio Juan. Hoy cumple el mes y mi padre y mi hermana traerán dinero para pagar: hoy cabalmente les corresponde cobrar, y esta tarde...

JUAN. Está bien, no hablemos mas de dinero... ¡Voto á mi regimiento! ¿Quién me ha metido en estos trotes? Me colocan de portero en esta casa, que pertenece á mi antiguo coronel, y al poco tiempo me dan la comision de correr con el cobro de los inquilinatos... ¡Ya, ya es oficio divertido para un antiguo soldado del regimiento de Luchana! ¡Diablo! Yo no he nacido para ser portero, como tú no has nacido tampoco para estar dia y noche con las manos en la costura.

LUISA. Yo creo que cada cual ha nacido para lo que hace, cuando lo hace bien...

JUAN. Sin embargo, estarias tú tan bien sentada en una elegante carroza con un lacayo detrás... y ¿quién sabe? puede que algun dia... ¿eh?

LUISA. ¡Qué locura!

JUAN. ¿Locura? Tengo yo muy buena vista, Luisa... y ese jóven elegante que... ese morenito...

LUISA. ¿Qué quiere usted decir?

JUAN. Sí, sí, hazte de nuevas: demasiado sabes de quien hablo... Le he visto seguirte por las noches hasta la puerta de la calle... Dime que no es un... pretendiente...

LUISA. Bien, y aunque lo fuera... yo...

JUAN. Bah, ya se han visto reyes casados con pastoras. En fin ¿por qué tú, bella, jóven, trabajadora, bien educada, no has de aspirar á?...

LUISA. (*Marcando las palabras.*) ¿Y el dote, tio Juan?

JUAN. Cierto, hay mucha gente que se atiene al dote... pero, ¡bah! no importa, yo he visto algunos ejemplos... sin ir mas lejos, el año pasado ví uno en el teatro del Príncipe.

LUISA. ¿De véras?

JUAN. Como lo digo, en el *Pilluelo de París*... un hijo de un General que se casó con una jóven pobre y honrada...

LUISA. (*Riendo.*) Ya caigo... ¿Y es en las comedias donde toma usted sus ejemplos?

JUAN. En todas partes los hay...

LUISA. ¡Ea! Ya he acabado mi tarea... voy á arreglar, con su permiso, todo esto allá dentro. (*Entra en la habitacion de la izquierda del actor.*)

ESCENA V.

JUAN.—*Luego* ENRIQUE.

JUAN. (*Mirándola salir.*) Esta muchacha es un ángel... ¡Ah! Si yo no fuera tan viejo. ¡Cómo iria por cuarta vez al altar con ella... y anudaríamos el lazo!—Tres veces me he casado con tres ángeles domésticos: este seria el cuarto ángel... (*Se oye llamar á la puerta.*) ¡Adelante! (*Conteniéndose.*) Lo que es la costumbre... mando entrar como si estuviese en mi portería.

ENRIQUE. (*Saludando.*) ¡Ah!

JUAN. (*Idem.*) ¡Caballero! (*Ap.*) ¡Calle! es el pretendiente en cuestion, si no me engaño.

ENRIQUE. Diga usted, ¿no vive aquí?...

JUAN. Manuel Castro, antiguo oficial... de carpintero.

ENRIQUE. Justamente, Manuel Castro, ese es el padre...

JUAN. El mismo, sí, de su hijo Pedro, oficial... de ebanista.

ENRIQUE. No es eso... Padre de...

JUAN. Magdalena, ¿no es verdad?

ENRIQUE. Precisamente Magdalena... tampoco...

JUAN. Ya caigo... ¿de Luisa? (Lo atrapé.) ¿Qué se le ofrece á usted?

ENRIQUE. (*Ap.*) ¡Qué diablos sé yo!...

JUAN. (Y es buen mozo.) ¿Por casualidad es usted arquitecto?

ENRIQUE. ¿Yo?

JUAN. Hombre, como el señor Manuel es carpintero, creia... y como usted sabe muy bien, arquitectura y carpintería se dan la mano. (Veremos por donde resuella.)

ENRIQUE. Seguramente, pero ahora no se trata de...

JUAN. Vamos, ya adivino; vendrá usted á encargar algo de ebanistería á Pedro... ¡Oh! tiene unas manos...

ENRIQUE. No lo dudo; pero acabo de renovar los muebles de mi casa, y...

JUAN. Ya estoy. Viene usted á que le borden algunos pañuelos...

ENRIQUE. Sí, eso es.

JUAN. No podia usted haberse dirigido á mejor parte. Quedará usted satisfecho. Figúrese usted que Luisa y su hermana tienen una parroquia... (*Haciendo un gesto.*) ¡Uf! Son algo careras, pero buenas.

ENRIQUE. Por eso quisiera hablar con la señorita Luisa.

JUAN. (La llama señorita... ¡Qué jóven tan bien educado!) Tómese usted la molestia de sentarse, mientras yo la aviso.

ENRIQUE. ¿Está... sola?

JUAN. Si señor. (*Volviendo al lado de Enrique.*) Es la flor y nata de las muchachas honradas... y toda la familia lo mismo. El padre tiene una cruz del tiempo de los franceses. El hermano es un chico listo para todo, y tiene veinte y un años de edad. En cuanto á la madre, es la virtud en trage de casa, y sus hijos se le parecen: en fin, yo que he sido del regimiento de Luchana, tengo la gran satisfaccion de anunciarle, que en esta casa todos marchan por la senda del honor. Hágame usted el obsequio de sentarse. (Bueno es que sepa...)

ENRIQUE. (¡Uf! ¡Qué pesadez!)

JUAN. (*Abriendo la puerta del cuarto donde está Luisa.*) Luisa, aquí te buscan.

LUISA. (*Dentro.*) Bien, allá voy.

JUAN. (*Saludando con aire militar á Enrique.*) Caballerito, á la órden.

ENRIQUE. Agur.

JUAN. (*Ap. saliendo.*) ¿Si será hijo de algun General, como en el *Pilluelo de Paris*?

ESCENA VI.

ENRIQUE.—*Luego* LUISA.

ENRIQUE. ¿Con que el padre de Luisa es un viejo soldado de la guerra de la independencia? ¡Diablo! Felizmente su hija está sola... ¡Encantadora criatura! Apenas se ha dignado dirigirme algunas palabras, y su voz ha penetrado hasta el fondo de mi corazon. ¡Vive Cristo! ¿Si estaré de véras enamorado? Siento una emocion al pisar estos humbrales... De fijo, yo no he nacido para ser un Tenorio... y casi me dan tentaciones de alejarme antes que venga. Ya está aquí. *(Sale Luisa.)*

LUISA. (*Reconociéndole.*) ¡Ah!

ENRIQUE. Señorita... (¡Qué hermosa es!)

LUISA. Caballero, puedo saber á quién tengo el honor...

ENRIQUE. Enrique de Sandoval es mi nombre.

LUISA. ¿Y quiere usted?..

ENRIQUE. Me han dicho que borda usted á las mil maravillas, y vengo á suplicarla...

LUISA. Doy á usted mil gracias por haberse acordado de mí. ¿Quiere usted ver algunas muestras?

ENRIQUE. No, no es necesario. (*Ap.*) Me intimida ese aire de candor... (*Alto.*) Prefiero hablar á usted con franqueza: el motivo de mi visita es bien diferente de lo que usted cree.

LUISA. ¡Ah!

ENRIQUE. Es de usted de quien deseo hablar, de mi... ¿no me reconoce usted?

LUISA. Pero...

ENRIQUE. Sí, es mejor hablar claro desde un principio.—Luisa, apenas la he visto á usted, apenas la he hablado, y sin embargo, la paz de mi alma ha huido de mí...—Luisa, yo la amo á usted, y vengo con la esperanza de...

LUISA. *(Con disimulada alegria.)* No prosiga usted, caballero. Si es cierto que me ama, no es á mí, sino á mi padre, á quien usted debió dirigirse.

Mi mano es libre; á él es á quien se la puede usted pedir. En cuanto á mí, una vez que él hubiera contestado, veria la respuesta que deberia darle.

ENRIQUE. (*Contrariado.*) ¡Ah!

LUISA. Creo, caballero...

ENRIQUE. Usted dispense, señorita; pero tengo el sentimiento de decirla que no me ha comprendido.

LUISA. ¿Cómo?

ENRIQUE. Yo me juzgaria dichoso tomándola por esposa... pero... usted debe tener presente que el mundo... la sociedad...

LUISA. Es decir, caballero, que viene usted á proponerme que sea su... (*Conteniéndose.*) ¡Gracias! (*Haciendo un gesto para que salga.*) Hemos concluido.

ENRIQUE. Tiene usted un modo de interpretar las cosas, que desconcierta á cualquiera; sin embargo, no me doy por vencido, si se digna escucharme algunas palabras.—Luisa, usted desconoce completamente la sociedad y los deberes que con ella tenemos que cumplir los que hemos nacido en cierta clase.—Yo la amo á usted... nada hay mas verdadero, nada mas digno que mi pasion... Mi único objeto es el de labrar su dicha, y le prometo que será feliz conmigo. ¡Oh sí! Fortuna, placeres, diamantes, cuanto la imaginacion de una mujer pueda soñar, todo lo tendrá usted. Sus deseos serán órdenes para mí; su voluntad, ley. No será usted entonces, serán otras las que pasen su vida trabajando para que usted brille radiante de hermosura. Y en cambio de todo esto, no pido ningun sacrificio; me daré por feliz si de vez en cuando oigo una dulce palabra de su boca, si me alumbra un rayo de esos hermosos ojos.

LUISA. (*Con tristeza.*) Sí, sí, eso es lo que se llama en el gran mundo una *querida*...

ENRIQUE. Pero...

LUISA. Basta, caballero: me avergüenzo de los rodeos que se vé usted obligado á usar conmigo... Todo lo comprendo perfectamente—fortuna, placeres, diamantes... (*Con energía*) bajo esas palabras se

encubre el veneno de la deshonra. ¿Mas qué importa á un jóven rico y elegante la deshonra de una pobre muchacha? Él quedará muy satisfecho respondiendo á su conciencia:—«he hecho una conquista.»—Y esa conquista será la ruina de una familia... porque no faltarán desgraciadas que se dejen seducir por el brillo de sus promesas, por el acento de amor con que que van dictadas. (*Con dignidad.*) Aquí por lo menos se ha engañado usted, caballero: mi padre es un viejo soldado, lleno de cicatrices; mi madre una mujer honrada, ¡y yo seré siempre digna de mis padres! (*Señalándole la puerta.*) Creo que me habrá usted comprendido. (*Se sienta al lado de la mesa, dando á Enrique la espalda.*)

ENRIQUE. (*Da algunos pasos hácia la puerta, se detiene un momento y vuelve.*) Señorita, me pesa en el alma el haberla desconocido y haberme propasado al estremo de insultarla... Estoy avergonzado de mí mismo, y le suplico que me perdone. Al propio tiempo le ruego que no me juzgue por la conducta que he observado con ella; haga usted por olvidarla. Por mi parte, haré cuanto pueda por ahogar en mi pecho esta pasion insensata. Será muy difícil, lo sé, sobre todo, despues de esta entrevista; pero lo intentaré: al efecto saldré de Madrid, viajaré... mañana mismo estaré ya lejos de usted.

LUISA. Hace usted bien, caballero.

ENRIQUE. Conozco que solo la distancia puede salvarme.—Mas tarde, cuando la ausencia y el tiempo hayan disipado la turbacion de mi pecho, vendré á que me devuelva usted su estimacion, á hacerme digno de su amistad. (*Poniendo una targeta sobre la mesa.*) Si en cualquiera ocasion tiene usted necesidad de un amigo fiel, puede contar ciegamente con Enrique de Sandoval. (*Se inclina respetuosamente y sale.*)

ESCENA VII.

Luisa, *sola.*

Luisa. ¡Tiene buen corazon! Pocos en su caso se hubieran conducido tan bien con una pobre muchacha. ¡Cuántas disculpas! Y luego como yo no estoy acostumbrada á esto, no sabia qué decirle últimamente. Sin embargo, me doy por satisfecha con haberle enseñado á que me conozca. A lo menos me estimará siempre hasta que me olvide.

María. (*Fuera.*) Jesus, Magdalena, cómo me cansa esta escalera.

Luisa. ¡Mi madre! Me alegro de que no se haya encontrado con él.

ESCENA VIII.

Luisa.—Magdalena.—María.

María. (*A Magdalena.*) ¿Con que te vuelves con las manos vacias, como dijo el otro?

Magdal. Sí, señora; dice doña Carolina que no tiene dinero por ahora, que espere...

Luisa. ¿Y qué hacer? Hoy hay que pagar al casero. Es menester buscar un medio, porque el jornal de padre no alcanza para nada.

María. ¡Buenos estamos! ¡Dios mio!

Luisa. Por Dios, que padre no se entere de nada... Se moriría de pesar... Ya sabe usted el genio que tiene...

Juan. (*En la escalera.*) Valor, amigo Manuel, eso no será nada...

María. (*Corriendo á la puerta.*) ¿Qué es ello?

ESCENA IX.

Los mismos.—MANUEL.—JUAN.—PEDRO.

(Entra Manuel sostenido por Juan y por Pedro; anda con mucho trabajo y se sienta en un sillon.

LUISA. ¿Qué le ha pasado á usted, padre?
MANUEL. ¡Ay, hijos mios, esto va mal!
MAGDAL. ¡Dios mio!
MANUEL. ¡Vamos! No hay que desesperarse todavia...
MARÍA. Traes los vestidos mojados. ¿Te has caido en el agua?
MANUEL. No. Os contaré lo que ha sido: iba yo muy tranquilo al taller, cuando al volver la calle de Atocha, veo una gran humareda que salia de lo último de la calle. Sigo la direccion del humo, y me encuentro con que el almacen de maderas del maestro estaba ardiendo. Me quito la chaqueta, tomo un cubo y empiezo á ayudar á los demás...—¡Ya, ya! ¡ el demonio que apague un almacen que está ardiendo hace una hora!—En tanto que haciamos esto, los bomberos nos pusieron de chupa de dómine, llenándonos de agua; así es que al cuarto de hora, ya no sentia yo esta pierna, y no sé cómo hubiera llegado á casa, á no ser por Pedro, que me encontró y me ha traido pian, pian hasta aquí; pero la madera arde todavia y el maestro se queda arruinado... ¡Pobre hombre! (*Magdalena vá á la cómoda y enciende una luz.*)
MARÍA. ¿Asi es que no te habrá pagado la semana?
MANUEL. Con mil demonios! ¿Quién le pide ahora dinero á un hombre que se arruina?
JUAN. Paciencia, señor Manuel, que todo se arreglará.
MANUEL. Ah! hijas mias, me parece que no escapo de esta. (*Señalando á Pedro.*) Felizmente os queda vuestro hermano...
PEDRO. Por desgracia... padre mio...
MANUEL. ¿Qué? ¡Habla!
PEDRO. He sacado un número muy bajo en el sorteo.

JUAN. ¿El número uno, como yo?
PEDRO. No, el dos.
MANUEL. Bueno, pero me has dicho que tienes una exencion...
PEDRO. Mire usted, padre mio, tarde ó temprano se ha de saber; con que asi prefiero desde ahora decirle la verdad. Los malos tragos, cuanto antes se pasen...
MARÍA. ¿Qué es ello, Dios mio?
PEDRO. He ido á casa del médico... me ha sacado una porcion de gafas... me ha hecho leer con ellas... y resulta de todo, que si no veo lo suficiente para mí, veo lo bastante para servir á la pátria.
MARÍA. (*Llorando*) ¡Hijo de mi alma!
PEDRO. Vamos, no hay que llorar... es preciso conformarse con el chopo...
JUAN. (*Ap. algo retirado.*) ¡Pobre familia! Se me saltan las lágrimas. (*Alto.*) En fin, amigos mios, no hay que desesperarse. Dios no abandona nunca á los desgraciados.
MARÍA. ¿Qué tienes, Manuel? (*Todos se acercan á él.*)
LUISA. ¿Sufre usted mucho, padre?
MANUEL. Sí, mucho. (*Llevándose la mano á la pierna.*) ¡Ah!
PEDRO. ¿Quiere usted que vaya á llamar un médico?
MARÍA. ¡Sí, sí!
LUISA. MAGDAL. } ¡En seguida! (*Pedro sale.*)

ESCENA X.

Los mismos, menos PEDRO.

MANUEL. Déme usted el brazo, amigo Juan, para que pueda llegar á la cama.
MARÍA. Mejor es, así te aliviarás.
MANUEL. (*Se levanta y se apoya en los brazos de Juan y de María.*) ¡Ay! Pues señor, vamos á la cama... Sabe Dios cuando saldré de ella.
LUISA. ¡Qué idea, padre mio!
MARÍA. Ah! Hijas del alma, vosotras á lo menos no me

abandonareis. (*Sale con María, Juan y Magdalena.*)

JUAN. Ea, vamos, señor Manuel, y apóyese usted sin miedo. (*Entran por la primera puerta izquierda.*)

LUISA. (*Sola.*) ¿Qué hacer, gran Dios? ¿Qué hacer? (*Cae sobre una silla cerca de la mesa con la cabeza entre las manos.*)

JUAN. (*Dentro.*) Ahí... quietecito... que el médico no debe tardar. ¡Buenas noches, señor Manuel!

MANUEL. (*Dentro.*) Gracias, amigo mio.

JUAN. (*Entrando en la escena.*) Esta mañana tan felices, tan contentos, y á estas horas... Buenas noches, Luisa, yo te quiero mucho... ¿estás? Cualquiera cosa que se ofrezca... yo... (*Saliendo.*) ¡Voto á mi regimiento!

ESCENA XI.

LUISA.—*Despues* PEDRO.—EL MÉDICO.

LUISA. ¡Ah! estoy sola... ¡Qué vá á pasar aquí, Dios mio! La miseria, la mas horrible miseria nos espera. (*Levantándose.*) A mí ¿qué me importa sufrirla? Pero ellos... Mi padre...—¡No, es preciso que él ignore... es preciso que no le falte nada...—¿Y cómo?—Nosotras buscaremos trabajo...—Sí... pero dinero... dinero... ahora... para las medicinas... para cuidar al enfermo... ¡Eso es lo que hace falta! ¡Ahora, ahora mismo!—¡Pobre padre mio! (*Se sienta en el mismo sitio de antes.*) ¿Qué haré... á quién le pediré... dónde?... (*Coge la tarjeta de Enrique y lee:*) Enrique de Sandoval, banquero. (*Se levanta.*) Cielos... Enrique me ha prometido que cuente con él como con mi mejor amigo... El tendrá piedad de nosotros... de mi padre... y si me atreviera... Pero ya es tarde. ¿Cómo presentarme á esta hora en casa de un jóven que hace poco decia que me amaba? Mañana, sí, mañana le diré.—Pero, ahora que recuerdo, mañana debe estar fuera de Madrid, me lo ha ofrecido... (*Se oye*

fuera la voz de Pedro que dice: por aquí, caballero.—*(Entra Pedro seguido del médico.)*

PEDRO. (*Al médico que saluda á Luisa.*) Es mi hermana Luisa. (*A la puerta del cuarto donde está Manuel.*) Padre, aquí está el médico. *(Al médico haciéndole entrar.)* Pase usted.

LUISA. (*Sola.*) El médico deberá mandarle alguna cosa, y no se le podrá traer... ¡Valor! si yo aprovechara este momento para ir á casa de Sandoval... El es bueno y generoso, y se compadecerá de mi familia... (*Se oyen las nueve.*) Las nueve... ¡Oh no! es demasiado tarde... desconfiaría de mis palabras... creería... no, imposible.

ESCENA XII.

MAGDALENA.—EL MÉDICO.—MARÍA.—LUISA.—PEDRO.

MÉDICO. (*Saliendo.*) Recomiendo eficazmente la calma... mucho cuidado con que no se agite...

PEDRO. ¿Y qué tal, es cosa de peligro?

MÉDICO. No debo ocultar á ustedes que la enfermedad es grave, muy grave...

MARÍA. ¿De veras? (*Llorando.*)

MÉDICO. Pero tranquilícese usted, no es mortal... Lo que me temo es que la parálisis de la pierna no le permita volver al trabajo...

MARÍA. ¿Y no hay algun remedio para...?

MÉDICO. Si señora, con el tratamiento que he indicado y lo que dice esa receta, creo que podemos evitar el mal... No tarden ustedes en ir á la botica. Yo volveré mañana. ¡Buenas noches!

ESCENA XIII.

Los mismos, menos EL MÉDICO.

MARÍA. (*Llorando.*) ¡Ah! Este golpe es nuestra ruina...

LUISA. (*Ap.*) ¡No será así!

MAGDAL. Vamos, madre mia, con llorar no se adelanta nada...

MARÍA. Tienes razon... Nosotras cuidaremos del enfermo... Véte á descansar, Pedro, que tendrás necesidad de ello.

PEDRO. ¿Yo? con tal de que me prometa usted no llorar mas... ¿Y quién va á la botica?

MARÍA. ¿A la botica? Será necesario dinero para... y no lo tenemos...

LUISA. *(Cogiendo la receta de manos de su madre.)* Yo me encargo de eso.

PEDRO. ¿Tú?

LUISA. Yo, pero acuéstate, que nosotras cuidaremos de padre.

PEDRO. Si ocurre algo...—Ea, buenas noches. *(Enciende una luz y se vá.)*

MARÍA. *(A Luisa.)* Cuando vuelvas, nos encontrarás en el cuarto de tu padre... Ven, Magdalena. *(Entran por la izquierda.)*

ESCENA XIV.

LUISA.

¡Ea, valor! Es necesario acabar con esta posicion... *(Poniéndose la mantilla.)* Tras de la miseria viene la muerte... y antes que consentir en la de mi padre, debo sacrificar mi vida... mi reputacion.—¿Qué le diré á Sandoval? Le haré relacion de cuanto nos sucede, le suplicaré... lloraré...—¡Daria diez años de mi vida por estar ya de vuelta! *(Sale por el foro.)*

FIN DEL PRIMER CUADRO.

CUADRO SEGUNDO.

LOS BOLSISTAS.

Sala-comedor en casa de Enrique de Sandoval.—Decoracion cerrada y corta.—En medio una mesa suntuosamente preparada, con un candelabro á cada estremo.—Aparador en el fondo con todo el servicio de cubiertos, etc.—Sillas, butacas.—Puerta de entrada al fondo: dos puertas laterales en frente una de otra.—Es de noche.—Al levantarse el telon, aparecen Rosa y dos criados con librea, acabando de arreglar la mesa.—Ruido de voces y risas en la habitacion de la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

ROSA.—DOS CRIADOS.

FEDER. (*Dentro.*) ¡A fondo!
LUIS. (*Idem.*) Parado.
FEDER. (*Idem.*) Veamos este *coupé.*
TODOS. (*Idem.*) ¡Brabo, bien! (*Aplausos.*)
CRIADO 1.° Cómo se divierten los señoritos.
CRIADO 2.° Estan sin duda haciendo ganas de comer.
CRIADO 1.° ¡Qué felices son! ¿Es verdad, Rosa?
ROSA. Esa es una de las mil y ochocientas cosas que no te importan nada.

Criad. 1.° Ya estoy en ello; pero vamos al decir. En esta casa no se conoce la tristeza. El señorito don Enrique no piensa mas que en divertirse. Como es solo, todos los dias reune á su mesa una porcion de amigos que le ayudan á abrir el apetito.

Rosa. Hace bien: ¿para qué quiere sinó tanta riqueza?

Criad. 2.° Apropósito: mucho tarda esta noche el señorito... ya son las ocho y media, y todavia...

Criad. 1.° Lo menos serán las nueve cuando se sienten á la mesa.

Rosa. Sus amigos le esperan en la sala de armas, tirando al florete....

Criad. 1.° Mucho es que no ha venido el señorito Alcázar... ese sí que es un hombre cabal. ¡Caramba, y cómo le quiere el amo!

Rosa. Ea, ya está todo listo: cuando quieran, pueden sentarse á la mesa.

Alcázar. (*Que ha oido las últimas palabras.*) Aqui estoy yo. (*Sentándose á la mesa.*) Muchacho, la sopa. Calle! no hay nadie todavia... ¿Y Enrique?

Rosa. No ha venido aun, señorito.

Alcázar. (*Levantándose y sacando el reloj.*) Si tarda diez minutos, renuncio generosamente al festin. Mi hermana me espera para conducirla al teatro Real.

Rosa. ¡Vamos! (*A los criados que salen con ella.*)

ESCENA II.

Alcázar.—*Luego* Federico.

Alcázar. ¡Diablo! yo tengo apetito... y me voy á quedar sin comer. Este Enrique... ¿dónde andará? (*Cogiendo una aceituna y metiéndosela en la boca.*) Dichoso él, jóven, rico, soltero, independiente... Nada le falta...—Están buenas las aceitunas.

Feder. (*Saliendo de la izquierda con careta, guante y florete.*) ¿En qué quedamos, á qué hora se come en esta casa?

Alcázar. Hola! ¿Eres tú, buena pieza?

Feder. Mi querido Alcázar... (*Le dá la mano.*) Salvo

el guante. Yo bueno ¿y tú? gracias. ¿Y Enrique? Está visto que le daremos capote. Si hubieras venido antes, hubieras podido medir tu acero con el mio... acabo de desarmar á Luis, que en venganza está ensayándose en parar un botonazo que le dí en el corazon.

Alcázar. (*Cogiendo otra aceituna.*) Observo que juegas mejor á las armas que á la Bolsa.

Feder. (*Quitándole la aceituna.*) Con tu permiso... Lo que es la Bolsa... me trae de mal humor. Ahora precisamente espero la baja...

Alcázar. Pues no creo que haces bien en esperar tal cosa.

Feder. ¡De véras? Crees tú... Seré tan desgraciado quc prosperen los fondos!

Alcázar. Para bien de la pátria...

Feder. La pátria, la pátria... ¿Qué me importa á mí la pátria? Yo necesito cualquier calamidad pública para prosperar.

Alcázar. ¿Para qué juegas? ¿No heredaste un patrimonio con que vivir holgadamente?

Feder. ¡Para qué juego! Para ganar. Hay dos cosas de pura necesidad en el hombre: el dinero y la salud. Lo demás es supérfluo.

Alcázar. ¿Y la felicidad? ¿Y el amor?

Feder. ¡Ba, ba! con eso se muere uno de hambre.

Alcázar. Y con la Bolsa se arruina.

Feder. Admiro tu sangre fria. ¿Por ventura no juegas tú tambien?

Alcázar. Mas no por ello deseo la ruina de mi patria, ni desconozco las puras afecciones del amor y la amistad.

Feder. ¿Otra vez el amor? Querido Alcázar, yo tengo la fortuna de no creer en él.

Alcázar. ¿No has amado nunca?

Feder. Sí, pero á mi manera. El amor, para mí, es esa mesa espléndidamente servida, que satisface las exigencias del mas refinado gastrónomo; el amor es un millon en billetes de banco, guardados en la cartera, y prontos á obedecer á su señor; amor en fin, es todo lo que satisface nuestros apetitos, nuestras inclinaciones, ya sea una mujer, ya una mesa, un magnífico caballo,

ó un perro de Terranova. Este es el amor del mundo, el verdadero amor: en él creo por los siglos de los siglos. Amen.

ALCÁZAR. Ese es el amor de los egoistas. Por fortuna hay pocos como tú en Madrid.

ESCENA III.

Dichos.—LUIS, *y otros dos caballeros que salen con él.*

LUIS. (*A Federico.*) Estoy seguro de que no me vuelves á dar la estocada anterior.

FEDER. Siempre que quiera.

ALCÁZAR. Apropósito de esa estocada, yo le decia á Federico que es mas afortunado en las armas que en la Bolsa.

FEDER. (*Tirando del cordon de la campanilla: sale el criado* 1.°) Dígame usted, señor doméstico, ¿el señor don Enrique no viene á comer?

CRIADO 1.° Yo creo que no debe tardar. ¡Ah! aquí viene.

FEDER. ¡Dios sea loado!

ESCENA IV.

Dichos.—ENRIQUE.

ALCÁZAR. Me parece que ya es hora de haber comido.

FEDER. (*Triste y preocupado.*) Siento haberos hecho esperar...

ALCÁZAR. Y yo lo siento por mi hermana, que me espera para que la acompañe al teatro Real.

ENRIQUE. Si lo hubiera sabido...

ALCÁZAR. No hay de qué... En fin, todo se arregla, quedándome sin comer...—Diablo, me voy...

FEDER. ¡Cómo! ¿Tendrás valor para despreciar las delicias de Cápua?...

ALCÁZAR. Y todas las delicias del mundo. (*Toma el sombrero y va á dar la mano á Enrique.*) Mi hermana me espera... (*Reparando en él.*) ¿Qué es eso? ¿Te sucede alguna desgracia?

ENRIQUE. No.

ALCÁZAR. Noto en tu semblante...

FEDER. En verdad que estás preocupado...

ENRIQUE. ¡Ah! Es una historia...

ALCÁZAR. ¿Sí? ¿Tiene relacion contigo?

ENRIQUE. Soy el protagonista...

FEDER. Nos la contarás á la mesa. *(Todos, escepto Alcázar, toman asiento en la mesa: los dos criados sirven la comida.)*

ENRIQUE. No tengo inconveniente. Por otra parte es cosa que se ve todos los dias.

FEDER. Prometo no beber Champaña ni Jerez, hasta que hayas concluido de contarla.

ALCÁZAR. Pues señor, mi hermana tendrá que esperar otra media hora. Es preciso oir esa narracion. *(Deja el sombrero, y se sienta á la mesa.)*

ENRIQUE. Es cosa de amores.

FEDER. ¡Ah! Pues eso no vale mi promesa: la quebranto en obsequio del Jerez. *(Bebe.)*

ENRIQUE. Figuraos un jóven rico, independiente, y con todas las preocupaciones de un hombre á la moda.

FEDER. *(A Enrique.)* Ese eres tú.

ALCÁZAR. *(A Federico.)* Y tú tambien.

FEDER. Lo somos todos.

TODOS. Es verdad.

ENRIQUE. Este jóven habita una de esas modernas casas, con apariencias de palacio, que el espíritu de reforma va introduciendo en el barrio elegante del Barquíllo.

FEDER. Enterados.

ENRIQUE. Un dia, fastidiado y aburrido, salió á la calle, y encontró una jóven de la mas humilde clase del pueblo; uno de esos tipos de hermosura, envueltos en un vestido de percal y cobijados con la mantilla de blonda. El jóven la vió, y se olvidó de que estaba fastidiado; la siguió, y á la noche siguiente hizo lo mismo, hasta que un dia se decidió á proponerla...

FEDER. Y ella aceptó, pero el jóven que gastaba un dineral con la niña, tuvo ocasion de averiguar tambien que la hermosura. envuelta ya en vestidos de seda, partia con un rival afortunado el amor y el dinero del...

ENRIQUE. Te has engañado de medio á medio. La hija del pueblo no quiso aceptar nada del jóven... se contentó con decirle...

FEDER. Por el amor de Dios! ¿Vas á hacernos creer en la virtud de una costurera?

LUIS. No interrumpas al orador.

ENRIQUE. Se contentó con decirle que debia dirigirse á su padre.

FEDER. ¿Al padre de ella?

ALCÁZAR. Es el camino mas trillado...—Es decir, que esa niña tenia la pretensiou de que te casases con ella.

ENRIQUE. Una locura, pero una locura que me ha contrariado. Esto no es mas que un capricho, como podeis figuraros, que me ha puesto en la situacion mas ridícula. (Ocultemos mi promesa de salir mañana de Madrid.)

FEDER. Supongo que tú te reirias como es debido de su absurda presuncion...

ALCÁZAR. Poco á poco: pido la palabra para una aclaracion: el que una jóven desee casarse con Enrique, no tiene nada de absurdo.

FEDER. Una jóven... concedo; pero una modista, sí: por lo demás todo el mundo tiene derecho á que le toque la loteria. Volviendo á tu heroina, supongo que no habrás desistido de perseguirla.

ENRIQUE. Claro es que no he desistido...

FEDER. Entonces...

ENRIQUE. Solo siento tener que abandonar por algun tiempo la corte, porque cuando vuelva me habré olvidado de ella probablemente.

ALCÁZAR. ¿A qué viene este viaje tan repentino?

ENRIQUE. Ciertos negocios... y el deseo de dar una vuelta por el estrangero...

FEDER. Puesto que abandonas el campo, podemos cantar de *profundis* á tu nueva victoria;

LUIS. Señores, una vez que Enrique nos abandona, propongo un brindis á su feliz viaje y su nuevo amor.

ALCÁZAR. Me parece lo mas oportuno, y yo me iré en seguida á buscar á mi hermana para acompañarla al teatro Real:

FEDER. Sea.

ALCÁZAR. (*Brindando.*) A la salud de Enrique de Sandoval, el mas bello adorno de nuestra sociedad... bursátil; á la memoria de la mujer que él ame!

TODOS. ¡Bravo!

FEDER. ¡A Enrique de Sandoval en Madrid! ¡á Madrid, señores, pero al Madrid que se divierte!... ¡á las mujeres hermosas, á los jóvenes de buen humor! ¡Qué es la vida sino una copa de *Champagne*? Pues bien, apurémosla. ¿Qué es la vida sino un mujer que engaña? Pues bien, engañémosla. ¿Qué es la vida sin la memoria de un acreedor? Pues bien, no paguemos jámas.

ALCÁZAR. A tí te hace ya efecto la bebida. Mejor... con eso os dejaré entretenidos. (*Toma el sombrero disponiéndose para salir.*)

CRIADO. (*Entrando.*) Una señora pregunta por usted. (*A Enrique.*)

TODOS. ¿Una señora?

ENRIQUE. ¿No las reconocido?

CRIADO. Trae el velo echado.

ENRIQUE. Que vuelva... estoy gravemente ocupado...

FEDER. Que pase. ¿Cómo se entiende?... hacer un desaire á una señora que trae el velo echado... cnando menos es una duquesa en trage de *negligé.*

CRIADO. (*A Enrique.*) Le digo...

ENRIQUE. Que pase... (*El criado sale.*) yo no tengo nada que ocultar á la amistad...

FEDER. Así me gusta: la mujer es como el perfume; es necesario que lo perciban todos los que estén al rededor.

ALCÁZAR. (*Dejando su sombrero.*) Veamos en qué queda esto. Que espere otro poco mi hermana.

CRIADO. (*Dando á Enrique la targeta del primer cuadro.*) Me ha dado esta targeta para usted, diciendo que desea hablarle á solas.

ENRIQUE. ¡Luisa!... Que entre... (*Sale el criado.*) Os suplico me dispenseis por un momento...

FEDER. ¡Hola! Parece que te ablandas... Ahí dentro estaremos en observacion. (*Entran en la sala de armas.*)

ALCÁZAR. Vamos allá... y que espere mi hermana.

ESCENA V.

ENRIQUE.—LUISA.

ENRIQUE. (Ella... ella en mi casa, y á estas horas!... ¿habrá sido todo un sueño? ¿Me amará efectivamente?)

LUISA. *(Desde la puerta, con el velo echado.)* (Valor, Dios mio!

ENRIQUE. Señorita... ¿seré tan dichoso que me atreva á creer...

LUISA. Caballero...

ENRIQUE. Pase usted adelante. (*Conduciéndola de la mano.*)

LUISA. Usted estrañará con fundado motivo mi visita... Una desgracia en mi familia...

ENRIQUE. Vamos, tranquilícese usted.

LUISA. *(Quitándose el velo.)* Caballero, sé que mañana debe usted salir de Madrid, y me he apresurado á venir esta noche...

ENRIQUE. (Ah! sentia mi marcha!) Y bien, señorita, ¿puedo saber el motivo...

LUISA. Esta tarde, cuando ha ido usted á mi casa, reinaba en ella la alegría, la ventura mas completa. Dos horas despues, mi hermano habia caido soldado, mi padre enfermo, mi hermanita y yo sin trabajo... mi madre lloraba... Todo era miseria en mi casa...

ENRIQUE. (¿Será todo una farsa?)

LUISA. Entonces, sin decir nada á nadie, me acordé de su ofrecimiento, ví su targeta, y me apresuré á venir antes que usted saliese de la córte.

ENRIQUE. Y ha hecho usted bien en confiarse á mi amor: yo cumpliré siempre las promesas que le he repetido. Luisa, desde hoy nada de miseria... tendrá usted lo que necesite.

LUISA. Permítame usted, caballero, pero yo no necesito nada... mi familia solamente...

ENRIQUE. Bien, lo que usted quiera... usted dispondrá á

su capricho de mi fortuna... Será usted la mujer mas envidiada de Madrid...

LUISA. ¡Yo... si... no es eso...—No puedo mas! (*Llora.*)

ENRIQUE. (*Tomándola la mano.*) Vamos, Luisa, tenga usted en mí confianza; yo seré el mejor de los amantes...

LUISA. (*Dando un paso para salir.*) ¡Oh!

ENRIQUE. (*Deteniéndola.*) ¿Qué es eso? ¿Y su familia?

LUISA. ¡Ah! ¡Padre mio, padre mio!

ENRIQUE. (¿Será esto una comedia? No puede ser... Y sin embargo, su turbacion...) Vamos á ver, Luisa. Confie usted en mí... ¿Quién ama á usted como yo? Por una mirada de sus ojos, doy mi fortuna; por una palabra de amor, mi felicidad, mi vida. (*Estrechándola la mano.*) Hable usted, pídame lo que guste... todo cuanto poseo está á su disposicion. ¿No quiere usted que salga de Madrid? Enhorabuena, no saldré: desde hoy no tendrá usted mas que desear una cosa, para poseerla en seguida.

FEDER. (*Dentro.*) Convidémosla á beber una copa de Champagne.

ALCÁZAR. (*Dentro.* No seas imprupente.

LUISA. (*Echándose el velo.*) ¿Quién viene? ¡Ah!

ESCENA VI.

Los mismos.—FEDERICO.—ALCÁZAR.—LUISA.

FEDER. Querido Enrique, ¿á qué vienen esos tapujos con tus mejores amigos? ¡Señores, echemos un bríndis á la reconciliacion de Enrique y su hermosa modista!..

ENRIQUE. ¡Federico!

FEDER. Pero, hombre, ni que fuera una cosa del otro mundo... ¿Qué tiene de particular...

ENRIQUE. Te suplico que nos dejes en paz.

FEDER. Egoista, ¿quieres guardarte todo el encanto de la flor?..—Apropósito, niña; usted puede mucho mas que nosotros: una sola palabra ha sido suficiente para retener en Madrid á nuestro buen Enrique...

ENRIQUE. Sea cual sea la resolucion que yo haya tomado con respecto á esta jóven, os prohibo ciertas bromas que puedan ofender su delicadeza.

FEDER. ¿Su delicadeza?.. Ja! ja! ja! La palabra está en situacion...—Ea, señorita, quítese usted el velo; enséñenos esa fisonomía delicadamente avergonzada, para confundirnos á todos...

ENRIQUE. (*Queriendo lanzarse á Federico.*) ¡Atrás, vive Dios!

FEDER. ¿No quiere usted que la conozcamos, cuando tendremos que beber juntos tantas veces?.. Enhorabuena...

ENRIQUE. Basta. En mi casa no se obedece mas voluntad que la mia: el que no respete lo que yo quiero que se respete, está demás en ella.

FEDER. (*Tomando el sombrero.*) Muy bien; cuando un amigo antiguo es arrojado de casa por una mujer aventurera, el amigo se acerca para reconocerla, diciendo: —señores, aquí tienen ustedes la querida de Sandoval. (*Levantándola el velo.*)

LUISA. ¡Ah! (*Cayendo en un sillon.*)

ENRIQUE. (*Dando una bofetada á Federico.*) ¡Miserable!

FEDER. ¡Oh, la ofensa necesita sangre!

ENRIQUE. Estoy á tus órdenes.

FEDER. Pronto... mañana seria de...

ENRIQUE. En esa habitacion hay armas... aquí padrinos...

FEDER. ¡Vamos!.. (*Entran.*)

ALCÁZAR. (*Entrando el último.*) Esto se complica... y mi hermana que está esperándome...

ESCENA VII.

LUISA, *sola.*

¡Dios mio, todo lo que sucede es por mi causa! Donde quiera que dirijo mis pasos, donde quiera que tiendo mi vista, parece que una nueva desgracia se levanta para confundirme, que un nuevo abismo se abre bajo mis pies para anonadarme. ¡Y Enrique tan noble, tan generoso, que por salvarme de las burlas de esos jóvenes expone su vida en este instante!..—¡Oh! no puede

ser... no quiero que sea... Yo sola tengo la culpa, yo, pobre de mí, que he venido á buscar socorro en casa de un jóven rico y elegante para mi familia que muere de necesidad... pero ¿cómo han de creer ellos... las apariencias me acusan... A sus ojos soy la querida de Sandoval. Ya se vé, soy jóven y pobre... ¿cómo he de ser honrada?.. imposible! Se reirán de mí! ¿Y qué me importa? ¡Sálvese mi familia, y aunque sea á costa de mi reputacion! ¿No merecen mis padres este sacrificio?.. (*Se acerca á la puerta por donde entraron Enrique y los demás.*) ¡Cerrada! Oh, no hay remedio... Van á batirse y el escándalo seguirá inmediatamente al desafío... Huyamos de esta casa... todavia es tiempo. (*Va á salir por el fondo y la detiene un criado.*)

ESCENA VIII.

Luisa.—*El criado* 1.°

Criado. No se puede salir, señorita...

Luisa. ¿Cómo? ¿Quién me lo impedirá?

Criado. Es la órden que acabamos de recibir del señor don Enrique.

Luisa. Es decir que estoy prisionera aquí. (Oh! lo comprendo todo... él mismo se ha engañado sin duda respecto á mi conducta en esta noche...)

ESCENA IX.

Dichos.—Enrique.—Alcázar.—Luis *y demás caballeros, menos* Federico.

Enrique. ¡Luisa!..

Luisa. (*Cayendo en un sillon.*) Es él...

Enrique. Luisa, estás vengada.—Pero esa palidez... se ha desmayado... (*Todos corren á ella.*) Pronto, un médico... (*Al criado.*)

Alcázar. Pobre muchacha! Veamos lo que dice el médico... ¡Y mi hermana que me espera para que la acompañe al teatro Real!

FIN DEL SEGUNDO CUADRO.

CUADRO TERCERO.

LA MISERIA EN LA OPULENCIA.

Un pequeño salon en casa de Enrique.—Puertas laterales.—Puerta al fondo.—A la izquierda del actor una mesa de tocador.—Butacas y muebles de lujo.

ESCENA PRIMERA.

LUISA *sentada inmediata al tocador*—UN MANCEBO DE TIENDA *desplegando algunas telas.*—UNA COSTURERA *examinándolas.*—UNA MODISTA *sacando sombreros de señora de una caja de carton.*—UN CRIADO *en el fondo.*—*Luego* ROSA.

MANCEB. Esta tela debe gustarle á usted mucho, porque es de lo último que hemos recibido, y está hoy dia en voga: todas las señoras la llevan...

LUISA. (*Pensativa.*) Sí, bien está... como usted quiera...

MANCEB. Esperamos ahora un género nuevo de París, que es de lo mas esquisito que puede verse... ¿Quiere usted que la traiga una pieza cuando llegue?

LUISA. Eso arréglelo usted con mi costurera.

COSTUR. Sepamos antes el ancho que tiene... (*Continúa hablando bajo con el mancebo.*)

MODIST, (*Con dos sombreros en la mano dirigiéndose á Luisa.*) Señorita, ¿quiere usted que le pruebe uno de estos sombreros?

LUISA. ¡Ay! son demasiados buenos... para lo que yo quiero...

MODIST. Sin embargo, son los mas inferiores que tenemos. Apuesto á que este le cae á usted á las mil maravillas, como á la señorita Amalia, que nos ha comprado ayer uno igual.

LUISA. (*Probándoselo.*) ¿Amalia?

MODIST. Sí, esa que vive en la casa mas abajo. ¿Ignora usted que ya ha reñido con el conde del Cerro?

LUISA. ¡Ah!

MODIST. Pero ha hecho bien, porque el conde es un tacaño... á lo menos el embajador le ha comprado coche...—Un poquito mas atrás, señorita... Así... qué bien le sienta á usted! Mejor que la señorita Amalia...

LUISA. Basta. (*Devolviéndole el sombrero.*) Me quedaré con el otro. (*La modista guarda un sombrero en la caja de carton.*)

COSTUR. Se le ofrece á usted alguna otra cosa, señorita?...

LUISA. No... nada...

MANCEB. En cuanto lleguen los géneros de París traeré á usted lo que haya de mas gusto. (*Saludan y salen.*)

LUISA. (*Mirándolos salir.*) Hace ocho dias que esta gente pasaba á mi lado sin mirarme siquiera, y hoy se humillan saludándome con el mas profundo respeto... ¡Ah! ¿Será que mi situacion es digna de envidia? Habito una magnífica casa, cien criados me obedecen, tengo caballos, coches... ¿Qué me falta para ser feliz? ¡Oh! Vengan para mí todas las afrentas, con tal de que viva mi padre, con tal de que mi familia se salve. Ellos no querrán aceptar los socorros de su hija, pero yo haré que los reciban de otras manos.—¡Ah! Rosa... ¿Por fin le has visto?

ROSA. Viene detrás de mí. El buen viejo se deshace en preguntas.

LUISA. ¿Le has dicho que yo le he llamado?

ROSA. Todo menos eso.

LUISA. Está bien: házle entrar. (*Ap.*) Oh, siento que la vergüenza me abrasa las megillas.

ESCENA II.

LUISA.—JUAN.

(Luisa pasa á la derecha, dando la espalda á Juan.)

JUAN. (*Ap.*) ¡Hola! ¡hola! ¿Qué quieren decir tantos misterios? (*Alto.*) Señorita, yo creo que soy el que usted busca... el veterano Juan, portero de la casa número 22, de la calle de... Puede usted mandarme con toda franqueza. (*Ap.*) Qué aire tan distinguido! ¿Será alguna princesa incógnita?

LUISA. ¡Ea! ¡valor! ¡Juan! (*Se vuelve hácia Juan.*)

JUAN. (*Asombrado y dejando caer el sombrero.*) ¡Ah!

LUISA. Sí, yo soy, amigo Juan.

JUAN. Tú, tú! Luisa! aquí! con ese trage, con este lujo...—¡Ah! ¿Qué has hecho, hija mia? (*Momento de pausa.*)

LUISA. (*Acercándosele y tomándole la mano.*) No me rechace usted y déme noticias de mi padre, de mi familia... ¿Cómo están? ¿Qué piensan de su hija?

JUAN. ¡Ta, ta, ta! No hablemos de eso, ¡caracoles! Contentos están los viejos... Ya se vé, no les quedaba mas que el honor y... vamos, no quiero hablar.

LUISA. Con razon me acriminan, pero es porque ignoran...

JUAN. ¡Ya! El caso es que yo nunca hubiera esperado esto de tí; muy al contrario, hubiera puesto mis manos en el fuego...

LUISA. ¡Cómo me habrán maldecido! ¿no es cierto? (*Silencio de Juan.*) ¡Dios mio, Dios mio! (*Llora.*)

JUAN. ¡Y llora la pobrecita!

LUISA. ¡Le sorprende á usted que esta miserable criatura encuentre todavia lágrimas pensando en su familia!

JUAN. ¡Qué demonio!.. Yo no me sorprendo de eso...

¡Dios me libre! Por otra parte, nadie es dueño de su corazon, y si tú le amabas...

LUISA. ¿Yo? Yo no le amaba...

JUAN. ¡Voto á mi regimiento de Luchana! Segun eso...

LUISA. Usted sabe muy bien lo que pasó en mi casa hace ocho dias, cuando enfermó mi padre y cayó soldado mi hermano.

JUAN. Sí, me acuerdo.

LUISA. En la noche de ese dia fatal me ocurrió la idea de venir á suplicar á Enrique que tuviese compasion de mi familia, pero él y sus amigos creyeron sin duda que yo echaba de menos los ofrecimientos que me habia hecho algunas horas antes. Uno de estos amigos mas atrevido que los demás, levantó el velo que ocultaba mi vergüenza y mis lágrimas. Enrique entonces se lanzó sobre él, y acto contínuo se batieron en una habitacion inmediata... El susto, las emociones, el recuerdo de mi padre, la generosidad de Enrique, todo contribuyó á turbar mis sentidos, y cuando Enrique volvió despues de herir á su adversario, me encontró desmayada... despues...

JUAN. Ya estoy. Adelante.

LUISA. Cuando volví en mí, no ví mas que á Enrique que me hablaba de su amor; y cuando pensé en mi situacion, tuve miedo de volver á casa de mis padres.

JUAN. Lo primero era eso.

LUISA. No. Era ya tarde, porque necesitaba engañar á mi padre, y yo no sé mentir, ó confesárselo todo, en cuyo caso me hubiera matado. Por eso permanecí en esta casa.

JUAN. Luisa, perdóname las palabras que te he dirigido: yo no sabia ni podia imaginarme nada de eso.

LUISA. ¿Y bien, Juan, cree usted que soy mas bien digna de lástima que de vituperio?

JUAN. Lo creo; voto á... (*Se enjuga los ojos.*)

LUISA. (*Tomándole la mano.*) Gracias, Juan, al menos tendré en usted un amigo... que no me despreciará ¿es cierto?

JUAN. ¿Despreciarte yo? No digas eso, hija mia.

LUISA. Diga usted... ¿cómo sigue mi padre?

JUAN. La enfermedad, la emocion, y luego otro moti-

vo... En fin, se sentia malo esta mañana, pero muy malo.

LUISA. ¿Y qué otro motivo es ese?

JUAN. Ya sabes que tu padre es un hombre muy de bien. Allá en mejores tiempos salió fiador de cuatro mil reales por un amigo...

LUISA. ¿Y qué?

JUAN. El término ha concluido, y su amigo no paga.

LUISA. Yo lo pagaré todo.

JUAN. Sí, pero tú no has pensado...

LUISA. ¿En qué?

JUAN. Tu padre no consentirá...

LUISA. Ya adivino: sí, es justo que no quiera aceptar nada de su hija. Ya lo preveia y para evitarlo envié á buscar á usted.

JUAN. ¿Cómo?

LUISA. ¿A quién, sinó á usted, puedo confiarme en el mundo? Asi, usted será quien le entregue ese dinero...

JUAN. Mucho ojo, no la echemos á perder. Tu padre sabe muy bien que yo no tengo nada, ni sobre qué caerme muerto.

LUISA. Se busca un medio, un pretesto... No se cuál, pero invente usted alguno, busque usted...

JUAN. Bueno, yo buscaré. Todo consiste en mentir, y... ahora que me acuerdo... habia en el regimiento de Luchana otro barbero, que se pintaba solo para inventar mentiras. Si yo encontrara algun recurso... Vamos á cuentas: hay que pagar esos cuatro mil reales, y algunas otras deudas...

LUISA. Como el alquiler de la casa...

JUAN. El tendero...

LUISA. Escuche usted... su coche... *(Escuchando hácia el fondo. Juan coje del suelo su sombrero y pasa al otro lado.)* Es Enrique... Déjeme usted sola con él, y espere en tanto en esa habitacion. —Ah! le pido que guarde el mas profundo secreto, sobre todo á mi familia. ¿Me lo promete usted?

JUAN. Te lo juro por lo mas sagrado.

LUISA. Hasta luego. *(Juan entra en la habitacion de la derecha.)*

ESCENA III.

LUISA.—ENRIQUE.

LUISA. (*Sola.*) Dinero... pedirle dinero tan pronto... ¡Oh! Se necesita mucho valor. (*Enrique entra pálido y agitado, y coloca su sombrero sobre el tocador.*)

ENRIQUE. (*Sin ver á Luisa, cayendo sobre una butaca.*) ¡Ah! Estoy perdido...

LUISA. (¿Qué le sucederá?... No me atrevo á dirigirle la palabra.)

ENRIQUE. (*A sí mismo.*) No importa, lucharé... á costa de mucha audacia y energía se consiguen grandes cosas... Sí, sí, es necesario...—¡Y Luisa! ¡Qué será de ella cuando sepa...

LUISA. (*Aproximándose poco á poco.*) Soy yo, Enrique... y queria...

ENRIQUE. Te buscaba, ángel mio. Tengo que hablarte...

LUISA. ¡A mí!

ENRIQUE. El alma me cuesta lo que voy á decirte, Luisa; porque, ahora precisamente que voy á perderte, conozco cuánto te amo. (*Se levanta.*)

LUISA. No comprendo...

ENRIQUE. Ayer te ofrecí la fortuna, el lujo, los placeres... ayer era yo rico: hoy estoy arruinado.

LUISA. ¡Cielos!

ENRIQUE. Ciertas especulaciones falsas... he jugado á la Bolsa y he perdido todo cuanto poseia. En una palabra... estoy pobre.

LUISA. (*Ap.*) Ah, padre mio!

ENRIQUE. Y soy yo quien te ha perdido... Para hacerte comprender mi desesperacion... ¡Oh, se me parte el corazon al pensarlo! A lo menos, no intento arrastrarte conmigo en la vida de miserias y privaciones que voy á afrontar desde este dia; mi amor seria egoista en ese caso, y por lo tanto te dejo en completa libertad.

LUISA. ¿En libertad? Por quién me tomas, Enrique? (*Yendo hácia él.*) Libre... sí, ayer lo era, hace poco tambien. ¡Desde hoy no lo seré!

ENRIQUE. ¿Qué?

LUISA. He vivido á tu lado cuando eras rico, no te abandonaré porque eres pobre... ¡No, ni puedo, ni quiero hacerlo!

ENRIQUE. ¡Oh! tú ignoras, pobre niña, tú ignoras que á mi lado no te resta otra cosa que la miseria; pero una miseria con todas las apariencias de la riqueza. Apenas me queda algun dinero empleado en una negociacion cuyo resultado tardará en saberse tres meses; si la suerte me proteje, me salvo irremisiblemente... Si la negociacion sale mal... No quiero pensar en ello.—Pero de aquí á allá, no tengo mas recurso para vivir que mi crédito, y para conservarlo, es preciso que continúe viviendo con el mismo lujo que hasta ahora: casa, criados, caballos, coches... Todo cuanto sirve en el mundo para hacer alarde de una opulencia, que yo no poseo. —Ahora bien: ¿Comprendes esta indigencia fastuosa? ¿Esta farsa terrible que habré de representar todos los dias, todas las horas, todos los instantes? Tendrás seda y terciopelo para vestir, diamantes para brillar, magníficos caballos con que deslumbrar á la multitud... y en tanto no poseerás un duro en tu bolsillo para matar el hambre del pobre que envidie tu suerte...—Lucirás en el teatro magníficos ropones de abrigo, y no tendrás en tu chimenea leña con que calentar tus pies... Llevarás la muerte en el corazon, y tendrás que reir siempre... siempre... Y luego ¿quién sabe si todo ello será en vano? Puede descubrirse el secreto de mi situacion, y... qué sé yo... ¡Entonces será preciso morir!

LUISA. Yo no te abandonaré, Enrique...

ENRIQUE. Piensa en los sufrimientos que te esperan...

LUISA. Lo repito, no te abandonaré.

ENRIQUE. ¡Ah! ¡Luisa! Tanta abnegacion me dá valor para luchar; por tí sabré soportarlo todo... para tí trabajaré con doble brio desde este momento.

LUISA. No merezco tanta gratitud, porque en adelante tu casa será mi solo refugio... ¡He perdido el

derecho de llamar á las puertas de la casa de mis padres!

ENRIQUE. ¡Luisa!

LUISA. Pero no importa, tendré valor para todo lo que pueda sobrevenirnos... ¡Hasta para reir! Puedes estar tranquilo, Enrique, que no te haré traicion ni con el menor gesto.

ENRIQUE. Gracias.—Y díme, ¿te sentirás con fuerzas para acompañarme esta noche...

LUISA. ¿A dónde?

ENRIQUE. Al teatro Real.

LUISA. ¿Al teatro?

ENRIQUE. Justamente. Ya sabes que tengo palco abonado, en el que es preciso que aparezca esta noche, como de costumbre. ¡Ah! cómo te acobardas ya!

LUISA. No, iré al teatro.

ENRIQUE. Eres un ángel. Llama á Rosa, y ponte este aderezo de brillantes que te han traido esta mañana.

LUISA. ¿Y no podrias devolver al diamantista este aderezo?

ENRIQUE. Imposible. Se sabe entre todos mis amigos que he comprado esos diamantes, y es necesario que te los vean esta noche para evitar sospechas. Se me olvidaba decirte que un solo hombre conoce mi ruina... mi amigo Alcázar; pero me quiere mucho, es discreto, sabe que una palabra, una sospecha me perderia sin remedio... y por lo tanto sabrá guardarme el secreto. Por tu parte ¿me prometes el mas profundo silencio sobre este asunto?

LUISA. Sí.

ENRIQUE. ¿Suceda lo que suceda?

LUISA. Yo te lo juro, Enrique.

ENRIQUE. Está bien: disponte para ir al teatro... (*Toma el sombrero.*) Vuelvo en seguida, mi adorada Luisa. (*La estrecha la mano y sale por la izquierda.*)

ESCENA IV.

LUISA.—*Luego* ROSA.—UN CRIADO.

LUISA. (*Sentándose al tocador.*) ¡Pobre, arruinado!... debo ser muy culpable cuando Dios me castiga con tanta crueldad... ¿Qué es lo que me ha encargado Enrique? ¡Ah, sí, este aderezo... ¡Qué horrible farsa es este lujo de que soy esclava!— (*Llamando.*) ¡Rosa! (*Rosa sale por la izquierda; el criado por el fondo trayendo luces que coloca sobre la consola. Se va en seguida.*)

ROSA. ¿Llama usted, señorita?

LUISA. Sí: tráeme esos diamantes... ya sabes...

ROSA. ¿Qué es eso? ¿Ha llorado usted?

LUISA. No, no es nada...

ROSA. (¡Ya llora! ¡Pobrecilla!) (*Toma de la consola una cajita de donde sacará el aderezo.*) ¡Qué hermosos brillantes, señorita!... (*Mirándolos.*) Los pendientes son soberbios... ¿Va usted á salir con ese vestido?

LUISA. Sí, ¿qué hora es?

ROSA. (*Dándole el brazalete.*) Las ocho. Hé aquí el brazalete. (*Luisa trata de ponérselo.*) No, así no, señorita... (*Se lo abrocha.*) Esta noche va usted á dar envidia á muchas...

LUISA. ¡Envidia! ¿crees tú posible?...

CRIADO. (*Entrando.*) Ahí está un artesano que quiere hablar á la señorita.

LUISA. (*Levantándose vivamente.*) ¿Un artesano? ¿No ha dicho su uombre?

CRIADO. Sí señora, dice que se llama Pedro...

LUISA. ¡Ah! Está bien... que entre... Espera á que te llame, Rosa. (*Rosa y el criado salen.*) ¿A qué vendra aquí?... ¡Oh, tengo miedo de verle...

ESCENA V.

LUISA.—PEDRO.

PEDRO. (*Retorciendo la gorra entre las manos.*) Señora, perdóneme usted si me atrevo... ¡Ah! cuán-

to lujo... y qué bien se vivirá aquí; ¿no es verdad?... ¡Qué diferente de la casa de mis padres? Cómo ha de ser! En fin, señora, yo venia...

LUISA. En nombre del cielo, Pedro, mátame si quieres; pero no me llames así...

PEDRO. ¿Y cómo quiere usted que la llame? ¿Por ventura sé yo el nombre que usted usa al presente? O mas bien ¿tiene usted nombre? ¡Oh! no todo se puede alcanzar á la vez... Quizás con el tiempo...

LUISA. Está bien, llámame como quieras. ¿A qué vienes aquí?

PEDRO. Si le incomoda á usted mi presencia, me marcharé en seguida.

LUISA. De ninguna manera: habla.

PEDRO. El caso es... que antes de hablar quisiera saber si cambia de corazon el que cambia de fortuna... Hace pocos dias que era usted una pobre costurera... hoy, por el contrario, es usted una gran señora... ¡Parece mentira! Es verdad que hay gentes, como mis padres, que prefieren... Pero no se trata ahora de eso... ¿Sabe usted que mi padre va á ser conducido á la cárcel?

LUISA. *(Mirando á Pedro.)* ¡Preso!

PEDRO. Sí, enfermo y todo lo llevarán al Saladero.

LUISA. ¿Y por qué? ¿Por la deuda de ese amigo de quien salió fiador?

PEDRO. ¡Ah! lo sabe usted: pues bien, mi padre firmó el recibo del usurero en calidad de tener en su casa esos cuatro mil reales en depósito, y cumplido el plazo se le persigue como estafa... O paga hoy, ó mañana duerme en la cárcel.

LUISA. ¡Preso! ¡Ah! ¿Qué hacer, Dios mio?

PEDRO. ¿Cómo que hacer? ¿Y usted no lo adivina? ¿Nada hay en ese corazon que le inspire lo que tiene que hacer? *(Cogiéndola de la mano bruscamente.)* Luisa, yo no he sabido hasta esta tarde tu paradero, y cuando salia para matarte á tí y á tu amante, llegaron los alguaciles con órden de prender á mi padre si no pagaba hoy...Al ver correr las lágrimas del pobre viejo, que lloraba como un niño; al considerar

que podia morir en la cárcel lejos de los cuidados de la familia, he sentido que me faltaban las fuerzas, y el valor, y... te lo confieso, por secar sus lágrimas, he venido, yo, tu hermano, á pedirte dinero á tí... que nos has deshonrado!

LUISA. ¡Esto es horrible, Pedro! ¿Qué quieres que te diga? ¡Es horrible!

PEDRO. ¿No tienes otra respuesta que darme?

LUISA. Pedro, yo no poseo nada...

PEDRO. ¿Nada? ¿Y esta casa? ¿Y esos criados? ¿Y ese coche que espera á la puerta?

LUISA. Acaso no me creerás; pero te juro que no puedo dísponer de nada de eso...

PEDRO. ¡De nada! ¿Pero y este lujo que te rodea? ¿Y esos diamantes que brillan en tu garganta... no son tuyos... no te pertenecen tampoco? ¿No puedes venderlos? (*Queriéndolos cojer.*)

LUISA. (*Atemorizada.*) ¡Ah!

PEDRO. (*Con dignidad.*) No tengas miedo, que no voy á robártelos.

LUISA. Escúchame, Pedro, yo no puedo deshacerme de estos diamantes...

PEDRO ¿Por qué?

LUISA. Es un secreto... que no me pertenece... ¡He jurado guardarlo!

PEDRO. (*Con furor.*) ¡Ah, miserable! (*Haciéndola arrodillar.*) Por tu causa morirá mi padre... tú serás su verdugo... ¡Oh! tu negativa castiga bastante la poca vergüenza que he tenido en venir á pedirte una limosna!

ESCENA VI.

Los mismos.—ENRIQUE.

ENRIQUE. ¿Qué es eso? (*Levanta á Luisa.*) Luisa, ¿quién es este hombre?.. ¡Pronto!

PEDRO. Este hombre es el hermano de su querida. No se impaciente usted, porque este hermano no puede vengar en usted la deshonra de su familia.

ENRIQUE. ¿Por qué razon?

PEDRO. Por... nada. (*A Luisa.*) Te prohibo que le digas el objeto de mi venida. Enhorabuena que tenga que avergonzarme delante de tí, pero no delante de nadie mas. (*Alto.*) Le dejo á usted con ella, caballero; ya ve usted que no puedo ser mas complaciente. (*Sale.*)

ESCENA VII.

LUISA.—ENRIQUE.

LUISA. ¡Dios lo quiere! ¡Es necesario apurar hasta la última gota!

ENRIQUE. (*La contempla en silencio y luego se aproxima á ella.*) Luisa, yo soy la causa de tus dolores, yo he hecho correr tus lágrimas. Por mí has perdido la estimacion de tu familia, justo es que yo te dé otra. Luisa, el cielo sea testigo de mi juramento: si llego á reconquistar la fortuna y la posicion que he perdido, tú serás mi esposa.

LUISA. (*Con alegria.*) Yo tu esposa, Enrique...

ENRIQUE. No conozco otra mas digna de serlo.

ESCENA VIII.

Dichos.—UN CRIADO.—ROSA.—*Despues* JUAN.

CRIADO. Los caballos están enganchados. (*Le dá el sombrero.*)

ENRIQUE. Bien.

LUISA. Rosa, mis guantes, mi manteleta.

ROSA. Aquí están. (*Se los dá.*)

ENRIQUE. Vamos, no llores, Luisa; es necesario que te vean alegre... risueña... que nadie sospeche lo que guardan nuestros corazones...

LUISA. Haré lo posible... ¿Ves? Ya me sonrio... (*Ap.*) ¡Oh la cárcel... la cárcel para mi padre!

ENRIQUE. Al teatro Real... (*Toma del brazo á Luisa. Juan aparece en la puerta derecha.*)

JUAN. ¿Al teatro Real? ¡Ella al teatro... y su padre al Saladero!

FIN DEL TERCER CUADRO.

CUADRO CUARTO.

LA CARTERA.

Salon elegante en casa de Enrique.—Chimenea, con un gran espejo encima.—Relojes, floreros, cortinas.—Puerta al fondo y laterales.—A un lado del salon, un velador.—Butacas, sofás, etc.

ESCENA PRIMERA.

LUISA.—ROSA.

LUISA. (*Pensativa, con el codo apoyado en el velador.*) ¡Las doce! ¡Las doce del dia, y aun no le he visto! (*A Rosa que arregla los muebles en el fondo de la escena.*) ¿Ha venido Enrique?

ROSA. Sí, señora.

LUISA. ¿No ha preguntado por mí?

ROSA. No señora.

LUISA. (*Consigo misma.*) ¿Qué le habré hecho yo? Hace algun tiempo que su presencia y su ternura me importunaban, porque reclamaban de mí el cariño que no tenia. Ahora se han cambiado los papeles... la violencia y el disgusto se manifiestan en él cuando está á mi lado... ¡Y yo le amo, sí, le amo!

ROSA. Me parece que está usted triste hoy.

LUISA. Es verdad, estoy triste sin saber por qué?

ROSA. ¡Toma! de estar metida en casa todo el dia...

LUISA. Me gusta tanto la soledad...

ROSA. (*Con intencion.*) La soledad al lado de don Enrique, pase; pero la soledad... siempre sola...

LUISA. Hace algunos dias que Enrique anda tan ocupado... Sus negocios...

ROSA. Los negocios no duran hasta las seis de la mañana...

LUISA. Hay placeres que son un deber en él... las exigencias del mundo... las conveniencias...

ROSA. Hace tiempo que don Enrique obedece á las conveniencias... y el señorito Alcázar á las exigencias...

LUISA. Alcázar es el mas antiguo... el mejor de sus amigos.

ROSA. ¿Y su hermana? Dicen que es muy linda...

LUISA. ¡Ah!

ROSA. ¿No la conoce usted?

LUISA. Creo que no.

ROSA. Ojos negros... cutis blanquísimo... con un cabello... Y luego tan elegante... tiene un aire tan distinguido!...

LUISA. ¿La conoces, por lo visto?

ROSA. Como que soy amiga de su doncella.

LUISA. ¿Y Enrique la visita muy á menudo? (*Interrumpiéndose.*) No, déjame sola.

ROSA. Quiere usted saber si...

LUISA. No, déjame.

ROSA. Si lo que he dicho ha podido ofender á usted...

LUISA. Nada de eso...

ROSA. Puede usted contar conmigo siempre, señorita.

LUISA. Lo sé, Rosa, y te doy las gracias.

ESCENA II.

LUISA.—*Luego* JUAN.

LUISA. (*Levantándose.*) Enrique ha vuelto á recuperar su fortuna... mi padre ha salido de la prision... mi hermana tiene trabajo... ¡todos son felices! ¿De qué puedo quejarme? ¡No es eso lo que yo

queria? Enrique me da el dinero que le pido... no me debe nada.

JUAN. (*Desde la puerta.*) ¿Se puede entrar?

LUISA. Ah! Es usted, Juan... le esperaba con impaciencia... ¿Cómo está mi padre?

JUAN. Mejor de dia en dia... la paralisis se ha decidido á habitar la pierna izquierda.

LUISA. ¡Padre mio!

JUAN. Mas vale cojear del pié que de la lengua, como dijo el otro... porque siempre tenemos dos pies, mientras que lengua...—¡Vamos, no llores, voto á todos los regimientos del mundo!... ¿No te he dicho que ya no ofrece cuidado?

LUISA. ¿Y mi madre? ¿Y Pedro? ¿Y Magdalena?

JUAN. La mamá sigue tan buena... Pedro está ya colocado... en su regimiento... Y por lo que toca á tu hermana Magdalena, cada dia está mas hermosa.

LUISA. Dígame usted... en casa... ¿no hablan nunca de mí?

JUAN. (*Despues de un esfuerzo.*) ¡Nunca!

LUISA. ¿Ha pagado usted al médico?

JUAN. Ayer mismo.

LUISA. ¿Continúa visitando á mi padre?

JUAN. Todos los dias... Y mas bien le hace dos visitas que una... Lo que es el pobre viejo no puede quejarse de la facultad... gracias á tí.

LUISA. ¿A Magdalena no le faltará trabajo?

JUAN. ¡Cá! mas de lo que puede hacer... le he proporcionado una marquesa, que segun las muestras debe tener obra para mucho tiempo... Es la dueña de un portero amigo mio. La marquesa paga un duro por lo que vale dos, yo con tu dinero añado tres duros al duro de la marquesa, y tu hermana cree de buena fé que progresa el arte de la costura...

LUISA. ¿No hay temor de que Magdalena pueda sospechar...?

JUAN. Ninguno; yo me encargo de todo... Voy á casa de la marquesa á por la labor... se la llevo cuando está hecha... y como paga bien, nadie me pide esplicaciones.

LUISA. (*Sonriendo.*) ¡Cómo miente usted, tio Juan!

JUAN. Toma, cuando el mentir no hace daño á nadie, y sí mucho provecho...

LUISA. Estoy muy satisfecha de la discrecion con que secunda usted mis planes; pero no olvide usted por Dios que una sola palabra puede comprometernos... (*Suspirando.*) Usted mismo me ha dicho que mi familia no aceptaria nada de mí.

JUAN. Y es la verdad. Si ellos averiguasen...

LUISA. Confio en usted.

JUAN. Sí, aunque se necesita mucho valor para oirse alabar uno todo el santo dia de Dios, en detrimento de otros.

LUISA. Es preciso.

JUAN. Por eso me callo. En tu casa me llaman un ángel, y no saben que si tú no me dieras las alas, es decir, el dinero, yo no seria mas que un pobre diablo.

LUISA. (*Yendo á sentarse.*) ¿No tiene usted nada que decirme?

JUAN. Nada: ¡Ah! Sí, hoy es el dia que la señora marquesa debe pagar á Magdalena, y no tengo dinero.

LUISA. Ni yo tampoco; espere usted que vea á Enrique... le pediré...

JUAN. (*Comprendiéndola.*) Está bien, Luisa, me voy, y volveré luego, ó esperaré á que tú me avises. (*Desde la puerta.*) (¡Pedir dinero... á él... pobre chica! ¡Cuánto sufrirá!)

ESCENA III.

LUISA.—ENRIQUE.

ENRIQUE. (*Entrando por la derecha, con un periódico en la mano.*) Buenos dias, Luisa.

LUISA. ¡Qué tarde has venido esta noche!

ENRIQUE. He estado en el baile....

LUISA. En casa de... ¿quién?

ENRIQUE. De Alcázar.

LUISA. ¡Ah! en casa de tu amigo Alcázar...

ENRIQUE. ¿Te estraña?

LUISA. No, pero he notado que cuando vas á casa de Alcázar, vuelves mas tarde que de costumbre.

ENRIQUE. ¿Sí? Pues no he hecho alto.

LUISA. Vamos á ver: ¿juegas allí?

ENRIQUE. No.

LUISA. ¿Bailas?

ENRIQUE. Jamás.

LUISA. ¿En qué pasas la noche?

ENRIQUE. En conversacion.

LUISA. ¿En conversacion hasta las seis de la mañana?

ENRIQUE. ¿Por qué no?

LUISA. Y ¿con quién hablas tanto? ¿con tu amigo Alcázar?

ENRIQUE. Con Alcázar y con todo el mundo. ¿Pero á qué vienen...?

LUISA. ¿Estas preguntas? Es que como me dejas sola...

ENRIQUE. Tú sabes muy bien que no puedo llevarte conmigo. (*Se levanta.*)

LUISA. (*Levantándose tambien. Tiene algunas flores en la mano que deshoja distraida en lo que falta de esta escena.*) Ya lo sé; pero por lo mismo, tú deberías venir antes. ¿Almorzaremos hoy juntos?

ENRIQUE. Imposible: tengo que asistir al almuerzo que dan los accionistas del camino de hierro.

LUISA. ¿Y comerás tambien fuera?

ENRIQUE. Con efecto.

LUISA. ¿En casa de tu amigo Alcázar?

ENRIQUE. No, en casa de su tio.

LUISA. ¿Pero él asistirá á la comida?

ENRIQUE. Creo que sí.

LUISA. ¿Con su hermana tal vez?

ENRIQUE. ¡Ah! ¿La conoces tú?

LUISA. Me la han enseñado... en el teatro... Es muy linda ¿no es cierto?

ENRIQUE. Sin duda.

LUISA. ¿Es en su trato tan encantadora como parece?

ENRIQUE. Sí; pero yo...

LUISA. En tal caso, todo se esplica bien. (*Llorando.*) ¡Dichosa ella!

ENRIQUE. No sé qué noto en tí hoy... Nunca te he visto así.

LUISA. Tú tambien parece que estás distraido... preocupado...
ENRIQUE. Efectivamente, y con justa razon. Figúrate que he perdido ayer una cartera que contenia dos mil duros en billetes del banco.
LUISA. ¡Dos mil duros!
ENRIQUE. No es una gran desgracia, pero en este momento me trae inquieto...
LUISA. Lo siento mucho.
ENRIQUE. ¿Por qué?
LUISA. *(Titubeando.)* Porque tenia que pedirte...
ENRIQUE. ¿Dinero?
LUISA. Sí.
ENRIQUE. ¿Cómo es eso? ¿Has gastado ya el que te dí el otro dia?
LUISA. Sí... lo he gastado.
ENRIQUE. ¿Tendrás bastante con dos billetes de mil reales?
LUISA. Es demasiado...
ENRIQUE. Toma. (*Le dá los dos billetes.*)
LUISA. Gracias, Enrique: ¿no quieres saber el empleo que hago del dinero que me das?
ENRIQUE ¿Para qué? Sabes muy bien que todo lo que poseo es para tí.
LUISA. Todo menos tu corazon.
ENRIQUE. ¿A qué viene esa desconfianza?
LUISA. Adios, Enrique, te dejo en tus negocios... hasta mañana...
ENRIQUE. No, hasta la noche...
LUISA. ¡Gracias! *(Ap.)* Mis quejas le han conmovido... pero su corazon no es mio.

ESCENA IV.

ENRIQUE.—*Luego un* CRIADO.

¡Pobre Luisa! ¡Cómo trata de ocultarme sus lágrimas!—¿Quién es dichoso en este mundo?—Acaso yo lo hubiera podido ser. Colocado á mi edad á la cabeza de una fortuna independiente, toda ambicion me era fácil... Un matrimonio me hubiera dado la sola cosa que me falta, una

compañera legítima, á quien, orgulloso, pudiera llevar del brazo á los altos círculos de la córte. Una esposa de la alta sociedad... como la hermana de Alcázar.—¡Y ella me ama, sí, me ama!

ENRIQUE. ¿Será menester que mi boca diga no, cuando mi corazon dice que sí? ¡Oh! Luisa, Luisa ¿por qué me has amado?

ESCENA V.

ENRIQUE.—UN AGENTE DE BOLSA.

ENRIQUE. ¿Quién entra?

AGENTE. Servidor, señor de Sandoval; soy yo que vengo á preguntar á usted si insiste en tomar papel sobre el empréstito de Alcázar.

ENRIQUE. Sin duda... ¿porqué no?

AGENTE. (*Bajo.*) Es que usted ignora probablemente...

ENRIQUE. ¿Qué?

AGENTE. Que el señor Alcázar acaba de perder casi toda su fortuna con la quiebra de Valle-Santo...

ENRIQUE. (*Con asombro.*) ¿Valle-Santo ha hecho bancarota?

AGENTE. Hace diez minutos que se ha sabido en la Bolsa.

ENRIQUE. Diez minutos... ¿Segun eso, Alcázar ignoraba esta mañana...

AGENTE. Seguramente. Y es probable que lo ignore todavia...

ENRIQUE. Está muy bien... Tome usted los fondos.

AGENTE. Pero...

ENRIQUE. Razones muy poderosas me impulsan á obrar así. (*Ap.*) ¡Oh! es imposible rehusar ahora. (*Se oye fuera la voz del criado, y la de Pedro.*)

CRIADO. Le digo á usted que no se puede pasar.

PEDRO. Y yo te digo que entraré... necesito hablarle. (*Entra atropellando al criado, y se coloca delante de Enrique. El agente y el criado se retiran.*)

ESCENA VI.

ENRIQUE.—PEDRO *en uniforme de soldado.*

PEDRO. ¿No me conoce usted, caballero?
ENRIQUE. (*Contemplándole.*) No.
PEDRO. (*Sin quitarse el chacó.*) Es estraño.
ENRIQUE. Qué quiere usted decir? No comprendo...
PEDRO. ¡Ah! ¿No? Mi nombre es Pedro Castro...
ENRIQUE. El hermano de...
PEDRO. El mismo.
ENRIQUE. ¿Y qué se le ofrece á usted?
PEDRO. Pierda usted cuidado, que no vengo á hacerle daño alguno... A no habérmelo impedido ciertas circunstancias estraordinarias, ya haria tiempo que le hubiera...
ENRIQUE. ¡Pedro!
PEDRO. Mas no se trata de eso ahora.—Ayer perdió usted una cartera con su nombre y dos mil duros en billetes del Banco; yo me la he hallado, y se la traigo á usted.
ENRIQUE. *(Admirado.)* ¡Cómo! ¿Es posible?
PEDRO. ¿Se admira usted? ¡Voto á mil truenos! ¿Por quién me ha tomado usted?
ENRIQUE. ¡Oh!
PEDPO. (*Se quita el chacó y saca de él la cartera.*) Ya hemos hablado bastante... aquí está: tómela usted.
ENRIQUE. Siento infinito no poder agradecer como debiera...
PEDRO. ¿Quiere usted tambien ofrecerme un hallazgo decente?
ENRIQUE. Conozco bien nuestra posicion respectiva para...
PEDRO. ¿La conoce usted, eh? Tanto mejor... Así no estrañará que en vez de hallazgo le pida á usted un recibo.
ENRIQUE. ¿Un recibo?
PEDRO. Ni mas ni menos. Muchas personas saben que me he encontrado ese dinero, y si á usted le da la gana de decir que no se lo he devuelto...
ENRIQUE. ¿Yo? Basta de sarcasmos.

PEDRO. Oh! el que roba el honor de una mujer, mas fácilmente roba el de un pobre diablo.

ENRIQUE. Sus palabras son demasiado crueles, pero debo sufrirlas. En cuanto á la peticion, por indecorosa que sea para mí, conozco que es justa. Voy á dárselo á usted. *(Designándole la primera puerta de la derecha.)* Haga usted el favor de pasar á mi gabinete.

PEDRO. Pero...

ENRIQUE. Entre usted... se lo suplico.

PEDRO. (*Aparte entrando.*) Ya me pesa haberle pedido... *(Entra en el gabinete, Enrique detrás.)*

ESCENA VII.

UN CRIADO.—MAGDALENA.

CRIADO. Pase usted adelante.

MAGDAL. Dice usted que se trata de una blonda que ha sido desgarrada...

CRIADO. La señorita le esplicará á usted eso.—Yo solo sé que me mandaron buscar una costurera...—Espere usted aquí que voy á llamarla. (*Entra en el cuarto de la derecha.*)

MAGDAL. (*Mirando al rededor.*) ¡Qué elegancia! ¡Con qué comodidad se vivirá aquí!... Qué felices son algunos!... Apuesto que es una marquesa...

ESCENA VIII.

LUISA.—EL CRIADO.—MAGDALENA.

LUISA. No valia la pena de...

MAGDAL. (*Reconociéndola.*) ¡Ah!

LUISA. (*Idem.*) Cielos! *(Al criado.)* Vete.

CRIADO. Ya me voy. ¿Qué será esto? (*Sale.*)

ESCENA IX.

LUISA.—MAGDALENA.

LUISA. (*Yendo hácia su hermana.*) Ah! eres tú Magdalena?

MAGDAL. (*Separándose de ella.*) Si señora... yo soy... venia... me habian dicho... ignoraba quién vivia en esta casa... por lo tanto me retiro...

LUISA. No, no, hermana mia... ¿No me concederás los instantes que no te atreverias á negar á una estraña?

MAGDAL. Es que... yo no tengo ningun motivo para despreciar á una estraña...

LUISA. ¡Ah, cruel! Pero hace tanto tiempo que no te veo, hermana mia, que á pesar de la dureza de tus palabras, tengo tanto placer en escucharte! Júzgame como quieras, pero no te vayas... yo escucharé el sonido de tu voz que me recuerda los dias alegres de mi infancia, los de mi juventud, toda mi felicidad perdida.

MAGDAL. Perdida... por tu culpa.

LUISA. ¿Por mi culpa? ¡Ah! si tú supieras... pero dejemos eso... Hablemos de tí, Magdalena... ¡Qué hermosa estás! La frescura de tus megillas, la pureza de tu frente, retratan tu inocencia... Padre debe estar muy orgulloso de tí.

MAGDAL. ¡Oh!

LUISA. Pobre viejo... tú serás su encanto, ¿no es verdad? Y á mí me habeis olvidado completamente... Nadie me nombra...

MAGDAL. ¡Ah! Luisa ¿por qué nos has abandonado?

LUISA. ¿Por qué?

MAGDAL. Mucho debes amar á ese hombre.

LUISA. ¡Sí, mucho, mucho!

MAGDAL. ¿Y eres dichosa?

LUISA. ¿Dichosa? ¡Dichosa! ¡Ah, Magdalena, no hay dicha posible sin la honra!... pero, en fin, puesto que á tí no te falta trabajo, puesto que en casa no hay miseria ¿qué importa lo demas?

MAGDAL. ¿Qué quieres decir?

LUISA. Nada.—Magdalena, no me desprecies, no me maldigas... hé ahí todo lo que te pido... Por lo demas... muchas veces solemos engañarnos.

MAGDAL. Habla.

LUISA. No: mi hermana no debe conocer mas que la honradez sin mancha, no... yo soy bien digna de lástima... ¡Oh, quién como tú pudiera gozar de la paz de su corazon, y de la bendicion de sus padres! ¡Gozo tanto en verte dichosa! Tu felicidad me consolará de la que yo he perdido...—Magdalena, hermana mia, ¿me permites que te dé un abrazo?

MAGDAL. (*Cayendo en los brazos de Luisa.*) ¡Ah Luisa!

ESCENA X.

Los mismos.—PEDRO.—ENRIQUE.

PEDRO. Estamos corrientes. (*Viendo á Magdalena.*) Magdalena aquí!

LUISA. (*Suplicando.*) ¡Pedro!

PEDRO. (*A Magdalena.*) Desdichada ¿qué vienes á buscar aquí?

MAGDAL. Yo no sabia...

LUISA. Dice la verdad, Pedro. Ella ignoraba que estaba en mi casa... La casualidad solamente pudo traerla...

PEDRO. Basta, señora, lo creo; pero usted permitirá que me la lleve... el aire que aquí se respira, pudiera hacerle daño... salgamos. (*Sale con Magdalena.*)

ESCENA XI.

ENRIQUE.—LUISA.

LUISA. (*Dejándose caer en un sillon, llorando.*) ¡Dios mio, dadme fuerzas para sufrir tantos desprecios!

ENRIQUE. Luisa, bien sabes que no tengo el derecho de defenderte contra tu hermano...

LUISA. ¡Ah, Enrique, Enrique, solo tu amor puede hacerme soportable la vida! (*Abrazándose á él.*)

ENRIQUE. (*Desprendiéndose de ella poco á poco.*) Sí, yo te amo, Luisa, te amo...

LUISA. (*Ap.*) ¡Me ama!.. ¡Ay!

ENRIQUE. No me perdonaré nunca el ser causante de tu desgracia.

LUISA. Pero, Enrique, mi desgracia...

ENRIQUE. Acaba.

LUISA. Puede tener un término.

ENRIQUE. Sí, sí, recuerdo perfectamente mi promesa de casamiento... ¿No es eso lo que quieres decir?

LUISA. ¡Oh! ¡Tus palabras me hielan el corazon!

ENRIQUE. ¿Insistes en este matrimonio, no es verdad?

LUISA. ¡Y eres tú quien me lo pregunta!

ENRIQUE. (*Aproximándose á ella.*) Perdóname... es que temo no hacerte dichosa.

LUISA. Confiesa á lo menos que no me amas, y déjate de vanos pretestos.

ENRIQUE. Yo...

LUISA. Amas á la señorita Alcázar... ah, con cuánta razon sospechaba...

ENRIQUE. Su hermano ha estado en el secreto de mi ruina, y no solamente ha sabido respetar mi situacion, sino que me ha ayudado con su bolsa y su crédito á rehacer mi fortuna. Los papeles han cambiado hoy... Yo soy rico, él es pobre. Acaso en este mismo instante ignore todavia la quiebra de que es víctima... Por lo menos lo ignoraba cuando escribió esta carta... lo sé de positivo, tengo la prueba de ello.—Ahora bien, tú misma resolverás sobre este asunto. De tí sola depende mi determinacion. Si accedes, te bendeciré toda mi vida; si te niegas, me casaré contigo... ¡Habla, pues!

LUISA. Pero, Enrique, yo... ¡Dios mio! qué desgraciada soy!

ENRIQUE. ¿Y no serás mucho mas desgraciada con un matrimonio que no podrá abrirte las puertas de ese mundo elegante, al que yo no puedo conducirte? En fin, Luisa, me repugna hablar de intereses, pero...

LUISA. (*Levantándose con dignidad.*) Sí, te compren-

do... me has puesto al abrigo de la miseria... te lo agradezco... Pero ahora no es dinero lo que me falta, sino tu nombre.—Sin embargo, te pido algunas horas para decidirme, y esta tarde misma te daré la respuesta.

ENRIQUE. ¿Por qué no ahora?

LUISA. ¿Por qué? luego lo sabrás.

ENRIQUE. ¡En ese caso, esperaré! (*Vase.*)

ESCENA XII.

LUISA.—*Despues* ROSA.

No mas cobardia.—¡Dios mio, si he de perder á Enrique, devuélveme mi familia! (*Toca la campanilla.*) ¡Rosa!

ROSA. (*Saliendo.*) ¿Señorita?

LUISA. ¿Me has dicho que puedo contar contigo?

ROSA. En cuerpo y alma.

LUISA. ¿Te ha visto mi hermana?

ROSA. No señora.

LUISA. Perfectamente... Ponte la mantilla y ven conmigo.

ROSA. ¿A dónde?

LUISA. A casa de mis padres. (*Entra en su habitacion, que es la de la izquierda.*)

FIN DEL CUADRO CUARTO.

CUADRO QUINTO.

UNA FAMILIA DEL PUEBLO.

La decoracion del primer cuadro.—El sillon á la derecha, la mesa de labor á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA.—MARÍA.—MANUEL.

(*La primera trabaja al lado de la mesa; la segunda está sentada al lado de Manuel, que está en el sillon, la pierna izquierda envuelta en bayetas, descansando sobre un pequeño taburete.*)

MARÍA. ¿Qué tal? ¿Sientes alivio?

MANUEL. ¡Qué sé yo! La pierna me duele... (*Cambia de posicion.*) ¡Huy! Parece que tengo cien arrobas de peso... ¡ah!

MARÍA. (*Acercándosele.*) No te impacientes, Manuel.

MANUEL. Demasiada paciencia tengo para soportar los dolores... Pero eso de ver trabajar á los demás y permanecer todo el dia clavado en un sillon como una momia, es superior á mi paciencia... ¡Voto á cien legiones de demonios!

MARÍA. Sé un poco razonable... El médico dice que es un milagro que la paralísis no haya pasado de la pierna.

MANUEL. ¡Pues me gusta el milagro!

MARÍA. ¡No seas injusto con el cielo!

MANUEL. No sé lo que tenga que ver el cielo con todo esto... Lo que no me cabe duda, es que el médico ha hecho mucho por mí. Es todo un hombre de bien. Me ha visitado dos y tres veces al dia, como si yo fuese un capitalista, y sin querer recibir un real nunca. ¡Dios se lo pague! (*Sonriendo.*) ¡Oh! sin él, la paralisis me hubiera embargado hasta la voz... (*Conmovido.*) y como no se escribir no me quedaria mas que las manos para bendecir á la hija que se mataba trabajando por socorrer á su padre.

MAGDAL. Exagera usted mucho, padre mio. No me doy tan malos ratos... Bien sabe usted que, gracias al tio Juan, gano bastante, sin trabajar mucho. ¡Cosa mas particular! Hoy me pagan ochenta reales por lo que nos daban cuarenta cuando estaba aquí mi her... (*Movimiento de María. Manuel tose bruscamente.*) El pobre Juan cree que mis bordados son una maravilla en su género...

ESCENA II.

Dichos.—JUAN.

JUAN. Buenos dias, señor Manuel y la compañía... ¿Vamos mejor, eh? Me alegro mucho. ¿Y usted, señora María? En cuanto á Magdalena no hay mas que mirarla... Es una perla... ¡Oh! y á mí me gustan mucho las muchachas trabajadoras... como no he tenido hijas, empleo mi cariño en las de los vecinos. Y no es mia la culpa... tres veces me he casado con objeto de ser padre, y las tres veces me he quedado á la luna de Valencia.

MANUEL. ¿Estamos de buen humor, eh?

JUAN. Como siempre. Pero hablemos de otra cosa... Voy á salir... Si quiere usted que le haga algun recado...—¿No? tanto mejor... así como así me faltaria tiempo, porque tengo que llegarme

a casa de la señora marquesa... ya sabe usted, esa gran señora que hace tres meses proporciona trabajo á Magdalena... Me dará el importe de lo que le llevé ayer, y se lo entregaré á usted en seguida. Luego tengo que pasarme por casa de mi procurador.

MAGDAL. ¿Tambien usted tiene procurador, tio Juan?

JUAN. Dos por falta de uno, hija mia. El primero se encarga de los negocios conyugales...—Es el que ha dirigido mis tres contratos de matrimonio, y hecho los testamentos de mis tres difuntas... ¡tres ángeles del cielo! *(Se rasca la cabeza)*.—El segundo, que se encarga de los demás negocios, me ha escrito esta mañana, dándome una cita de mucho interés, segun dice... Sospecho lo que será, pero no quiero contárselo á usted hasta que tenga las pruebas. Es una gran novedad, señor Manuel, un acontecimiento que... no quiero evitarle la sorpresa.. hasta luego... —¡Ah! antes de salir, tengo que ver á la vecina de la boardilla de enfrente, con objeto de decírla que no se permiten jaleos desde las diez de la noche en adelante... Vuelvo. *(Sale.)*

ESCENA III.

Dichos.—UN CRIADO.

MAGDAL. ¡Qué bueno es el pobre Juan... y cuánto nos quiere!

MANUEL. Mucho le debemos, hija mia, y á mas de lo que ha hecho por nosotros, debo á su genial alegre muchas horas de distraccion.

CRIADO. *(Entrando, á María.)* Dispense usted, señora, me han dicho abajo que estaba aquí el portero...

MARÍA. Acaba de salir en este momento... no tardará en volver... Si es algun recado que nosotros le podamos dar...

CRIADO. Me envia mi señora la marquesa á pagar el precio del bordado que le remitió ayer una jóven

bordadora que habita en esta casa... Magdalena creo que se llama.

MAGDAL. (*Acercánd. se.*) ¡Ah! ¡soy yo!

CRIADO. En ese caso me escuso de esperar al portero... He aquí el importe. (*Le da dinero.*)

MAGDAL. ¿Cómo? ¿Un duro? Es mucho mas.

CRIADO. No sé... esto es lo que me ha dado mi ama. (*Sale.*)

ESCENA IV.

Dichos, menos el CRIADO.

MAGDAL. Un duro... es estraño... No porque mi trabajo valga mucho mas, pero como Juan me habia dicho que era precio corriente los cuatro duros que antes me han dado...—Madre, tengo una sospecha.

MARÍA. ¿Cuál?

MAGDAL. ¿No le ha sorprendido á usted que esa señora marquesa no me haya llamado nunca con objeto de encargarme por sí misma el trabajo?

MARÍA. Es verdad, ¿pero de qué puedes acusar á Juan?

MAGDAL. Si yo no le acuso, solo temo que en su celo por servirnos, me dé mas de lo que me remitan... ¡Como nos quiere tanto!

MARÍA. Por mucha que sea su abnegacion, mal podrá darnos lo que no tiene.

MAGDAL. (*Confidencialmente.*) Con tal de que no sea un intermediario entre nosotros y...

MANUEL. (*Con aspereza.*) ¿Y quién?

MAGDAL. No... nada. (*Se oye ruido en la escalera.*)

MANUEL. Aquì viene... vamos á salir de dudas.

ESCENA V.

Los mismos.—JUAN.

JUAN. Ya estamos de vuelta.

MANUEL. Muy pronto es para lo que tenia usted que andar.

JUAN. Es que en lugar de hacer visitas, las he recibido.

MANUEL. ¿Cómo?

JUAN. Una, la señora marquesa... en coche y todo... La otra mi procurador... Antes de todo, he aquí los ochenta reales del bordado (*Se los da á María.)* de la marquesa.

MAGDAL. (*Admirada.*) ¿La marquesa...? Pues si acaba de salir de aquí su criado...

JUAN. (*Idem.*) ¡Ba!

MAGDAL. Y me ha dado veinte reales de parte de su señora...

JUAN. (¡Sopla!) ¿Veinte reales? ¿Qué significa...?

MAGDAL. Eso le digo yo á usted.

JUAN. ¡Ah! Conque eso me dices tú á mí? (*Ap.*) Aquí fué Troya.

MAGDAL. Conteste usted.

JUAN. ¡Ah! sí, todo ello es muy sencillo... ese duro es la gratificacion... justo... la gratificacion de que hablábamos.

MAGDAL. ¿De qué hablábamos?

JUAN. ¿No lo he dicho...? Ahora caigo, si no lo he dicho todavia... Escucha. La marquesa me hizo acercar al estrivo del coche, y me dijo encantada de tu talento: «Ahí van los ochenta reales de Magdalena, y para manifestarle mi satisfaccion por su trabajo, añadiré un duro de gratificacion.» Entonces me dió los ochenta reales y... nada mas... Esto es tan claro como la luz.

MAGDAL. ¿Y cómo dijo ella, «añadiré» cuando su criado habia ya subido?

JUAN. ¡Ah! será que habrá dicho: «he añadido»... Todo consiste en el modo de decir las cosas.—Hablemos de la noticia gorda.

TODOS. ¿Qué noticia?

MAGDAL. (*Interrumpiendo.*) Ante todo, es preciso que de este dinero se cobre usted la casa...

JUAN. ¿La casa? ¡Ya, ya! De eso se trata ahora!..

MANUEL. ¿Qué ocurre?

JUAN. (*Tirando el sombrero y cogiéndolo en las manos.*) Soy propietario... nadie debe un cuarto... se entiende, de ustedes. ¡Vivan los propietarios!

TODOS. ¿Usted?

JUAN. ¿Yo? ¿Y por qué nó? Acabo de heredar á un tio que ha muerto en la Habana, víctima del abuso del café.

MAGDAL. ¿Será posible?

JUAN. Esta casa está de venta... yo la compro, y les doy á ustedes cuarto gratis. No es necesario saber mas: á eso ha venido mi procurador.

MANUEL. ¿Pero es usted nuestro ángel bueno?

JUAN. (*Estrechándole la mano.*) No, sino un pobre diablo que está contento, y llora, y rie... todo junto. (¡Una mentira mas!)

MARIA. Ah, señor Juan, nuestra gratitud...

JUAN. Esa no es una razon para llamarme señor Juan, sino como lo que soy, tio Juan.

MAGDAL. Tio Juan le llamaban á usted cuando era...

JUAN. Portero... ¡Y qué! Portero fuí, portero soy, y portero me quedo.

MANUEL. ¡Ba, ba! ¿Quiere usted burlarse de nosotros?

JUAN. ¡Ba, ba! ¿tiene usted, como inquilino, alguna queja de mí, como portero? Veamos: ¿no barro bien la escalera? ¿No cuido de la casa?

MANUEL. ¡Oh, en cuanto á eso!

JUAN. ¿Es decir que están ustedes contentos conmigo? Pues bien, yo tambien lo estoy. Como propietario, reconozco en mí un buen portero, vigilante, complaciente... En fin, un portero á quien no puedo despedir. Muy al contrario, en premio á mi fidelidad porteril, me subo el sueldo... y me permitiré de vez en cuando alguna propina.

MANUEL. Vamos, tiene usted ganas de bromas?

JUAN. Nada de eso. ¿Pues no observa usted que si el propietario ahogase en mí al portero, acabaria por ser un aristócrata, como conozco á muchos? (*Manuel, María y Magdalena se rien.*) Vamos á ver, ¿de qué se rien ustedes?

MANUEL. Y dígame usted, Juan, cuando usted venga tarde de noche ¿quién le abrirá la puerta?

JUAN. La observacion es justa, y para evitar el compromiso, nombraré un sub-portero, como hay subtenientes. Pero en tanto queda convenido que ustedes serán mis inquilinos gratis.

MANUEL. Ah, es usted todo un hombre, y acepto como usted ofrece, de todo corazon.

MARÍA. Gracias por todo, tio Juan.
JUAN. (*Ap.*) ¡Gracias á ella!
MANUEL. Los ojos se me arrasan de lágrimas al contemplar que soy objeto de tantos cuidados... Todos son buenos para mí... todos me socorren... Mi pobre María, mí linda Magdalena, usted, Juan, hasta el médico que me ha asistido... Todos se apresuran á hacerme dichoso... solo la miserable que...
JUAN. Señor Manuel...
MARÍA. Amigo mio, te olvidas de uno que te ama como nosotros.
MANUEL. ¿Quién?
MARÍA. (*Dudando.*) ¿Quién?
MAGDAL. Pedro, mi hermano Pedro.
MANUEL. Mi hijo... un soldado que no ha sabido vengar la afrenta de su familia... Tambien es otro...

ESCENA VI.

Dichos.—PEDRO, *de soldado.*

PEDRO. (*Poniendo el chacó sobre la cómoda.*) Buenos dias, padre... ¿cómo se siente usted?
MANUEL. ¡Hola! Es usted, caballerito?
PEDRO. Me llama de usted. (*A Juan.*) Parece que hay tormenta.
MARÍA. ¿Qué dice usted?
PEDRO. Nada: digo que mi padre es el mejor de los hombres, pero que tiene una pierna tan maldita que hace traicion á su carácter...
MANUEL. ¡Vean ustedes qué gracioso!
MARÍA. ¿Y qué quieres, Manuel? Pedro sabe tomar el tiempo conforme viene. Cuando peligraba tu vida y la miseria nos agoviaba, estaba triste, lloraba como un chiquillo... Hoy que estás mejor, que la dicha ha vuelto á esta casa, él está contento, alegre...
PEDRO. Bien dicho, madre.
MAGDAL. Y tiene razon.
JUAN. Justo... tiene mucha razon.
MANUEL. La salud... la dicha... el bienestar... ¿es esto todo para vosotros? ¿Mi hijo no comprende otros

dolores, otros sufrimientos que los que provienen de una pierna mala, de un estómago vacío? Nuestro nombre deshonrado, ¿no significa nada para mi hijo?

PEDRO. ¡Padre mio!

MANUEL. (*Animándose.*) ¡Oh! Por mas que abras los ojos y me pongas ese gesto de vinagre, es preciso que yo te lo diga una vez por todas, que yo me descargue de este peso que tengo hace tiempo en el corazon. Tú no eres huérfano, no eres ningun perdido... Eres hijo, eres hermano, eres hombre, eres soldado... ¿Qué has hecho de todo eso? Cuando la herida de nuestro honor mana sangre, vienes á decirme.—«Como usted, padre, sigue mejor, y no falta qué comer, estoy muy contento.»—Pues bien, desde hoy no vuelvas á pisar los dinteles de esta casa, si no quieres oir de mi boca el nombre que te conviene.

PEDRO. (*Conteniéndose.*) Y ese nombre ¿cuál es?

MANUEL. (*Exasperado.*) El que se le dá al soldado que abandona sus banderas... el que se le dá al hombre que se deja abofetear impunemente... ese nombre es...

PEDRO. (*Interrumpiendo.*) No lo dirá usted, padre mio. Y puesto que se me obliga á hablar, escúcheme usted: sé que voy á afligirlo mucho, pero á lo menos no pasaré por un cobarde.—He sentido, como usted, el ultraje que se nos ha hecho en la persona de mi hermana Luisa... mi corazon, mi sangre, mi ser entero ha palpitado de furor al saberlo... Pero á la vista de nuestra miseria, de nuestros sufrimientos, de la cárcel que se abria delante de usted, mi voluntad ha sido débil, y mi corazon se ha desgarrado... yo no tenia mas que un pensamiento, una idea, un deseo: ¡salvar á usted de la prision! Entonces fuí á ver á Luisa...

MANUEL. ¿Tú?

PEDRO. ¡Oh, bien cara he pagado mi humillacion! Pero nuestra desgracia me volvia loco... empecé por decirla lo que pensaba de ella... y acabé por pedirla... dinero.

MANUEL. ¿A ella?

PEDRO. Sí, y usted comprenderá que despues de este paso, me era imposible provocar á aquel á cuya casa habia ido demandando socorro.

MANUEL. Pedro, hijo mio ¿qué has hecho?—Pero en fin, qué te contestó cuando la pediste...

PEDRO. Padre...

MANUEL. Vamos, habla.

PEDRO. Ya pasó y...

MANUEL. Yo quiero saberlo.

PEDRO. Pues bien, ella...

MANUEL. Acaba.

PEDRO. Me lo ha negado.

MARÍA. } Es imposible.
MAGDAL. }

MANUEL. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Es claro... la cosa es muy sencilla... la mujer que pierde el honor lo pierde todo. Qué dices de esto, madre infeliz? Llora, sí, y tú tambien, Magdalena... llorad todavia por la infame.

JUAN. ¡Infame... infame! eso se dice muy pronto... ¿Y si la pobre no tenia dinero?

PEDRO. (*Tristemente á Juan apretándole la mano.* (Gracias por la buena voluntad, pero es inútil que tome usted su defensa, amigo Juan. En el momento en que ella me negaba mil reales, habitaba casi un palacio, y un coche la esperaba para conducirla al teatro,

JUAN. ¿Y qué prueba eso, vamos á ver? La casa, el coche, el teatro... nada era de ella.

PEDRO. ¿Y no eran de ella los diamantes que colgaban de sus orejas?

JUAN. No todo lo que reluce es oro.

MANUEL. Basta ya, Juan; no fuerce usted á Pedro para que nos la muestre mas culpable todavia.

JUAN. (*Ap.*) ¡Y tener que callarme... y no poder decir... ¡Han, han! me comeria la lengua.

MANUEL. Dame esos cinco, Pedro... no has pensado mas que en mi salud, y te ha faltado resolucion... te la perdono... primero es uno hijo que hombre. (*A su mujer.*) ¡Pobre María! Me pesa que hayas escuchado lo que ha dicho Pedro de tu hija mimada... pero consuélate, que aun nos resta Magdalena...

JUAN. (*Ap.*) Dios me dé paciencia.

MANUEL. ¿Qué tiene usted, Juan?

JUAN. (*Exaltándose.*) ¿Qué tengo? Estoy furioso, estoy desesperado... ¡Ah! (*A Pedro.*) Tú no has debido nunca confesar eso, aun á riesgo de pasar por lo que no eres... Muchas veces se engaña el mas listo y... la apariencia no es realidad. Contínuamente dice uno: esto es esto, aquello es aquello; y luego resulta que ni esto es aquello, ni aquello es esto, sino otra cosa muy distinta.—Del mismo modo se acusa á una persona creyendo.... cuando al contrario... y si se supieran las cosas... como no se saben... si se conocieran los motivos... las razones... Vaya, vaya, me voy, que me harán ustedes decir cosas que.. que no sé... y como todo hombre debe saber guardar un secreto... buenas tardes.

ESCENA VII.

Los mismos, menos JUAN.

MARÍA. El pobre Juan... siempre está de parte del mas débil.

MANUEL. No se hable mas de eso... en esta casa no debe resonar mas el nombre de la que fué nuestra hija. Es la hora de comer... Poned la mesa y comamos.(*María y Magdalena preparan la mesa.*)

MARÍA. ¿Te se ha pasado el enojo, Pedro?

PEDRO. Ya lo creo; lo que siento es haber tenido que causarle tanta pena, y sacrificar á Luisa, para rehabilitarme á sus ojos,

MANUEL. Hijo mio, eres bueno para con tus hermanas; pero ten presente para lo sucesivo, que el nombre de Luisa no debe pronunciarse delante de mí.

PEDRO. Está muy bien, padre.

MANUEL. Ayúdame á sentarme en la mesa. (*Pedro sostiene á Manuel, mientras que Magdalena coloca el sillon al lado de la mesa, á la derecha. María se sienta en medio, frente al público. Magdale-*

na á la izquierda.—(*A Pedro.*) ¿No comes... con nosotros?

PEDRO. Gracias, padre, he comido ya en el cuartel.

MANUEL. A lo menos, bebe un trago.

PEDRO. Eso es otra cosa. (*María le da un vaso con vino.*)

MANUEL. Hijos mios, olvidemos nuestras penas y demos gracias á Dios. (*Todos se levantan.*) ¡Bendita sea el alma caritativa que ha sacado de la cárcel á este padre de familia! ¡Bendito sea el médico que me ha cuidado como si fuera su hermano! ¡Bendito sea el ángel que ha inspirado á Juan y á la señora marquesa, sentimientos tan generosos. (*Se oye llamar á la puerta.*) Llaman.

MAGDAL. Voy á abrir.

ESCENA VIII.

Los mismos.—LUISA.—ROSA *cubiertas con el velo.*

ROSA. (*Preguntando.*) La señorita Magdalena.

MAGDAL. Soy yo, señora. (*Rosa entra seguida de Luisa. Pedro y María se levantan.*)

ROSA. No se molesten ustedes: vendré mas tarde... (*Pedro y María se sientan.*)

MAGDAL. (*Presentando una silla á Rosa.*) Haga usted el favor de tomar asiento. (*Rosa se sienta.—Dando otra silla á Luisa.*) ¿Esta señora no quiere sentarse?

LUISA. (*Haciendo un signo de cabeza y sentándose.—A Rosa aparte.*) Habla pronto... me siento morir... (*Pedro está de pie cerca de la ventana. Magdalena ha vuelto á su sitio, y está de pie.*)

ROSA. Vengo con esta amiguita, recomendada por la señora marquesa que le dá á usted trabajo. Tanto ha ponderado sus méritos de usted que he venido sin vacilar á encargarle algunas cosillas.

MAGDAL. Muchisimas gracias, señora; disponga usted de mí.

ROSA. ¿Con que usted es la que ha hecho los bordados que me ha enseñado mi amiga la marquesa?

MAGDAL. Sí señora.

ROSA. Es usted muy jóven para lo que sabe hacer... ¿Quién la ha enseñado á usted?...

MAGDAL. Á mí...

ROSA. Tengo idea de haber oido que tenia usted una hermana mayor...

LUISA. (No responde...)

ROSA. Llamada Luisa... me parece...

MAGDAL. En efecto, pero...

MANUEL. ¡Ha muerto!

LUISA. (*Haciendo un movimiento.*) ¡Muerta!

ROSA. Tambien me han dicho que un jóven de los mas elegantes de Madrid, Enrique de Sandoval... si no me equivoco...

MANUEL. Puesto que lo sabe usted todo, señora, me parece una crueldad eso de venir á recordar á una pobre familia aquello de que no debe ni quiere guardar memoria. (*Pausa.*)

LUISA. (*Bajo á Rosa.*) (Sigue, sigue... tendré valor para oirlo todo.)

ROSA. Dios me libre de haber querido ofenderle. (*A Manuel.*) Pero ya que es fuerza decirlo, yo conozco á su... á Luisa... y creo que la juzga usted con demasiada severidad.

MANUEL. Esas cosas se juzgan á sí mismas.

ROSA. ¿Y si ella se justificára?

MANUEL. Ya no hay justificacion posible.

ROSA. Si víctima de una imprudencia cometida por salvar á su familia...

MANUEL. (*Con fuerza.*) Lo primero que hay que salvar es el honor.

ROSA. En fin, si llamara á las puertas de esta casa, si entrara en ella pobre, abandonada, arrepentida, ¿la arrojaria usted á la calle?

MANUEL. (*Con voz entrecortada.*) En el fondo de mi corazon la perdonaria sin duda... (*Luisa se levanta.—Con fuerza.*) Pero al mismo tiempo la prohibiria entrar en esta casa, donde hay una jóven pura y honrada, y esa jóven es su hermana. (*Luisa cae en la silla medio desvanecida, lanzando un grito. María y Rosa la rodean, Magdalena le levanta el velo.*)

MAGDAL. (*Reconociéndola.*) Es mi hermana.

TODOS. ¡Luisa! (*Todos, menos Manuel, corren á ella.*)

MANUEL. (*Se levanta, dominándolos á todos desde su sitio. Con fuerza.*) ¡Atrás! María, Magdalena, Pedro, dejadla, esa no es vuestra hermana ni vuestra hija... es una jóven perdida... deshonrada... sin parientes... ¡atrás todos! (*Todos se retiran un poco y dejan á Luisa arrodillada en medio de la escena.—Cada vez mas irritado y aproximándose á ella.*) Me pasma su atrevimiento en venir á echarnos en rostro su impureza, en venir á desafiar el honor de su familia. Desventurada, ¿tendrás valor para soportar la mirada de un padre que dejaste morir de vergüenza y de miseria?... ¿Qué buscas aquí donde no hay palacios, ni coches, ni diamantes? ¿Vienes tambien á robarnos el honor de tu hermana? ¡Huye, huye pronto!—¡Hija desnaturalizada, yo te maldi... ¡ay! (*Da un grito y cae en los brazos de Pedro. Todos se le acercan.*)

LUISA. (*A ella misma.*) ¡Oh, Enrique será mi esposo! (*Sale seguida de Rosa.*)

FIN DEL QUINTO CUADRO.

CUADRO SESTO.

LA REHABILITACION.

La misma decoracion del cuadro cuarto, menos el velador.

ESCENA PRIMERA.

LUISA.—ENRIQUE.

Luisa, vestida de blanco, aparece sentada á la derecha; Enrique, con traje negro y corbata blanca, sale de su cuarto.

ENRIQUE. ¿Estás dispuesta?
LUISA. Sí... cuando quieras. (*Levántase.*)
ENRIQUE. Muy bien. (*Toca la campanilla y aparece un criado.*) ¿Los coches están abajo?
CRIADO. Sí señor.
ENRIQUE. Avísame así que lleguen los testigos. (*Sale el criado.*) Mientras tanto, hablemos un poco de nuestros asuntos. He reservado cierta suma, de la que este contrato te garantiza la propiedad y que te pertenece desde este instante... hélo aquí. Firmándolo, no he hecho mas que cumplir mi promesa, como acabaré de cumplirla luego, dándote mi nombre.
LUISA. Enrique, me juzgas interesada, ambiciosa ¿no es cierto? (*Movimiento de Enrique.*) ¡Oh, no me

lo niegues, porque mentirias: sin embargo, el tiempo me justificará... asi lo espero...

ENRIQUE. ¿Quieres saber ahora la razon de mi conducta?

LUISA. La adivino... la sé... No teniendo ya para mí ni amor ni estimacion ¿me has sacrificado á los que estimas, á los que amas?

ENRIQUE. ¡Ah! Me resta que darte una noticia que, gracias á tu penetracion, no te deberá cojer de improviso.

LUISA. ¿Todavia mas?

ENRIQUE. Mi fortuna y mi nombre te pertenecen... yo te los he prometido; mi persona y mi libertad me pertenecen á mí, y no deberá estrañarte que disponga de ellas á mi capricho.

LUISA. ¿Una separacion?

ENRIQUE. Desde hoy mismo. Mis asuntos están arreglados y al salir de la iglesia nos separaremos para siempre.

LUISA. Es inútil tal propósito... No serás tú quien parta...

ENRIQUE. ¿Pues quién si no?

LUISA. Yo.

ENRIQUE. ¿Tú? ¿Y para dónde? Vamos á ver, Luisa; puesto que lo comprendes todo, ¿á qué ese empeño en un casamiento que no ha de labrar tu dicha?

LUISA. Lo sabrás mas tarde.

ENRIQUE. (*Con timidez.*) Es la ambicion de riqueza la que...

LUISA. ¡La riqueza!

ENRIQUE. Esplícate.

LUISA. Bástete saber que, sin tu nombre, todos los tesoros del mundo me serian inútiles... Mas aun... los despreciaria... ¡Oh! lo que deseo, lo que me hace falta es el contrato de matrimonio firmado por mi esposo.

ENRIQUE. ¿Para ello tendrás alguna razon...?

ROSA. (*Entrando.*) Las personas que usted esperaba están en el salon.

LUISA. (*Cogiéndose del brazo de Enrique.*) Dentro de una hora, podrás juzgarme.

ENRIQUE. Dentro de una hora no habrá nada de comun entre nosotros. (*Salen.*)

ESCENA II.

ROSA.

(*Viéndolos salir.*) Si no supiera que iban á la iglesia... Ella está pálida como una muerta... él parece que está furioso... ¿Cuál será la causa?

ESCENA III.

ROSA.—JUAN.

JUAN. *(Entrando por la izquierda.)* Buenos dias, Rosa... ¿han salido ya?

ROSA. ¿Quiénes?

JUAN. Los novios.

ROSA. Ahora mismo.

JUAN. La iglesia está á dos pasos... y no tardarán en volver. ¿Iban muy contentos?

ROSA. Como si fueran á un entierro.

JUAN. Esa es la impresion... la alegria... la dicha...

ROSA. ¡La señorita iba tan pálida!

JUAN. ¡Pues! la alegría.

ROSA. ¡Y él tan sombrío!

JUAN. Justo! la dicha...

ROSA. ¿Sí? Pues yo creyera lo contrario.

JUAN. Es cuestion de temperamento... Hay mucha gente que cuando está alegre se pone triste, y cuando está triste se pone alegre... todo viene á ser lo mismo, y al fin del año, todos en paz.—Vamos á otra cosa.—Házme el obsequio de bajar al portal, y así que veas venir por la calle un viejo con una vieja, un soldado y una jóven muy linda, les dirás que entren, que aquí los espero.

ROSA. ¿Cómo? ¿No es esa la familia de la señorita?

JUAN. Sí, la familia á toda orquesta.

ROSA. ¿Por fin se ha amansado el viejo?

JUAN. Ha consentido en el matrimonio, pero no quiere oir hablar de su hija.

ROSA. ¿Ignoran que esta es su casa?

JUAN. En eso está el busilis... Con que no te detengas... Vé á esperar la tribu. (*Sale Rosa.*)

ESCENA IV.

JUAN.

¡Huy! Gracias á Dios que podré dejar el dominio de la mentira... confieso que no lo hago mal ¡pero he criado tan mala sangre en estos últimos meses! Ni sé cómo he podido contener la lengua cuando he oido calumniar á la pobre Luisa.—¡Si es esto, si es lo otro, si lo de mas allá! Y á mí me llenan de elogios por todas partes... Soy generoso, soy bueno, soy agradecido, ¡Ya, ya, generoso...! con el dinero de otros. Verdad es que si yo lo hubiera tenido... mas como no veia luz, tenia que contentarme con ser una especie de corredor de beneficencia. Sin embargo, es algo duro eso de oir á cada paso tantas bendiciones que se equivocan de direccion... Si fueran maldiciones, vamos, valdria la pena de hacer ese sacrificio por sus amigos. Ahora ya, Dios mediante, podré soltar la brida á mis pasiones... Siento pasos... será la tribu... ¡Pobre familia! (*Llegándose á la puerta.*) Por aquí, amigos mios, por aquí.

ESCENA V.

JUAN.—MANUEL.—PEDRO.—MARÍA.—MAGDALENA.

MANUEL. (*Entra apoyado en su hijo Pedro.*)

JUAN. (*Aproximando una butaca.*) Tómese usted la molestia de sentarse aquí. (*Manuel se sienta.*) (*A María, que entra con Magdalena y mira á todos lados con curiosidad.*) Entre usted, señora mia, que aquí estamos seguros.

MANUEL. (*A Juan.*) ¿En dónde estamos? ¿Por qué me han traido aquí?

JUAN. Paciencia, que luego lo sabrá usted.

MANUEL. Pero...

JUAN. ¡Chis!!! Calma... calma... cuando le digo que todo se esplicará en seguida.

MANUEL. Me dirá usted, á lo menos, la razon de este misterio.

JUAN. Se trata de un secreto... de un gran secreto...

PEDRO. Perdone usted, Juan, pero antes de pasar adelante, quisiera saber... (*Se oye el ruido de un carruaje.*)

JUAN. Ahí está ya.

TODOS. ¿Quién?

JUAN. El secreto.

ESCENA VI.

Los mismos.—ENRIQUE.—LUISA.

CRIADO. (*Anunciando.*) El señor y la señora de Sandoval.

ENRIQUE. (*Mirando con sorpresa á la familia.*) (¿Qué me querrá esta gente?)

LUISA. (*En medio.*) Esposo mio, te presento á mi familia... he aquí mi padre...

ENRIQUE. (¿Qué comedia será esta?) (*Saluda á todos: al criado.*) Sígueme. (*Entra en su cuarto.*)

MANUEL. (*Sorprendido, á Juan.*) ¿Qué significa esto?

JUAN. No sé.

ESCENA VII.

Los mismos, menos ENRIQUE.

LUISA. (*Se arrodilla delante de su padre.—Con voz conmovida.*) Padre mio, usted no ha querido perdonar á su hija; pero no podrá negar á la esposa de Sandoval el derecho de esplicarle su conducta. Yo he sido muy culpable en abandonar la casa de mis padres... lo sé, ¡mas juro que al venir aquí, creia implorar solamente socorro y proteccion de un amigo.! No me guiaba otro pensamiento. (*Enrique aparece en la puerta de su cuarto, que vuelve á cerrar.*) Hé aquí mi crimen. ¡Ay! Bien amargamente lo he espiado. Ocho dias despues de esa noche terrible, Enri-

que perdió su fortuna. ¡Oh! Cuando pienso en ese dia de prueba, dudo cómo he podido aceptar en silencio tanto desprecio insultante. (*María levanta á Luisa y la abraza.*)

MARÍA. ¡Hija mia!

PEDRO. MAGDAL. } ¡Pobre hermana!

JUAN. (*Enjugándose una lágrima, con disimulo.*) ¡Voto á mi regimiento!

LUISA. Tres meses despues, Enrique habia restablecido ya su fortuna, y como yo sabia por Juan que mis ofertas serian rechazadas con desden, concebí el proyecto de socorrerlas por segunda mano.

JUAN. Cabales, que sí. Ocultándose ella tras el telon, me ha hecho representar el papel de un hombre bueno y generoso, como quien dice, el papel de Providencia. (*Poniéndose en medio.*) Gracias á ella, yo le he sacado á usted de la prision, señor Manuel; gracias á ella, Magdalena, yo he podido hacer generosa á la marquesa; gracias á ella, he podido darme el tono de un propietario para que ustedes no pagasen el alquiler de la casa.

MANUEL. Conque mi libertad...

MARÍA. La herencia..,

MAGDAL. ¿Y la marquesa...

JU.AN Todo se lo debeis á ella... ¡Voto á todos los regimientos del mundo! á ella, que oia vuestros insultos sin murmurar siquiera... (*Enrique entra en escena.*)

LUISA. Esta farsa no podia durar mucho... hija, hermana, mujer, yo debia esperimentar todas las torturas, todos los dolores... Enrique no me amaba ya... amaba á otra, y entonces resolví sacrificarme por él, devolviéndole su palabra, si me hubiera recibido mi familia... pero rechazada, maldita... mi sola idea de salvacion fué Enrique... Es hombre de honor, y me ha dado su mano, pero una mano que miente á su corazon... ¡Y ahora soy hija sin familia, esposa sin esposo!

ENRIQUE. (*Ap.*) ¡Es demasiado!

LUISA. *(Arrodillándose.)* Padre mio, si tengo algun derecho á su clemencia, es á causa del nombre de mi esposo, y para ello he tenido que violentarlo, que hacerlo desgraciado... á él, mi único amor, á él, que es el solo que todavia no me ha despreciado... ¡Oh, para obrar así es preciso que el perdon de usted me sea mas caro que la vida!

MANUEL. ¡Ah, hija mia, en mis brazos!

LUISA. ¡Ah, padre mio! *(Viendo á Enrique que se acerca.)* Ya ves, Enrique, que necesitaba tu nombre para rehabilitarme... en cuanto á esta fortuna no la necesito... *(Dándole el contrato.)* Ahora, no serás tú quien parta, sino yo... con mi familia... Trabajaré como ellos, olvidaré el nombre de Sandoval, para volver á ser una pobre jornalera...

ENRIQUE. Luisa, tú no puedes salir de esta casa, que es la mia, que es la tuya porque eres mi esposa, y desde hoy en adelante será tambien la de tus padres si me reciben por hijo... *(Vá á arrodillarse y Manuel le levanta.)*

MANUEL. ¿Qué hace usted? ¡En mis brazos!—Hija mia, no olvides que el perdon de tu padre laba tu culpa, porque el arrepentido alcanza siempre la bendicion de Dios.

FIN DEL DRAMA.

Achaques del siglo actnal.
Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La Caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Un Ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los Pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su mujer.
La Ley Sálica.
Un Casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un Divorcio!
La Hija del misterio.
Las Cucas.
Gérónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

Remedio para una quiebra.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un Sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los Preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un Fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La Piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo delperegil.
El Chal-verde.
Como usted quiera.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
El Don del cielo.
La Esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado.
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
¡Estrupicios por amor.
Mi Media naranja.
Un Ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa!
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.
El Sacristan de San Lorenzo.
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alfonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la España dramática, se hace la rebaja de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares á la Direccion, que lleguen á 200 rs., se hace una rebaja de 20 por 100.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral casa de Astrarena.